



FUNDANDO PUEBLOS

FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON LA FUNDACIÓN DE PUEBLOS Y CIUDADES ARGENTINAS

EN HOMENAJE A LA PROFESIÓN FARMACÉUTICA ARGENTINA



Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina



LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

**HISTORIA DE LA FUNDACIÓN DE
PUEBLOS Y CIUDADES DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA Y DE LOS
FARMACÉUTICOS PIONEROS QUE
ACOMPAÑARON SU FUNDACIÓN**

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA



SUMARIO

BARILOCHE

- 06** - Boticarios a orillas del Nahuel Huapi
- 10** - El "médico nuevo"
- 16** - En una ciudad en crecimiento
- 19** - Datos históricos

HUMAHUACA

- 20** - De la medicina tradicional a los primeros boticarios
- 26** - Una botica familiar
- 37** - Hasta para carnaval
- 31** - Datos históricos

BUENOS AIRES

- 32** - De la gran aldea a la gran ciudad
- 42** - Lugares de encuentro
- 45** - El fundador de la Estrella
- 50** - Los Passo, una familia precursora
- 56** - Datos históricos
- 58** - La epidemia de fiebre amarilla deja diezmada la ciudad

FARMACIAS CENTENARIAS

- 62** - De turno: Farmacia Villa Elisa
- 64** - Bibliografía y agradecimientos

QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición

María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet es periodista y profesora en Letras (Universidad de Buenos Aires).

Se dedica a asesorar, capacitar y producir material escrito para empresas. Durante 18 años trabajó en el diario La Nación, donde fue la editora del suplemento Empleos entre 1997 y 2006. También ejerció la docencia universitaria.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977.

Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Colabora en diversos medios nacionales y extranjeros.

Es autor del libro "Todos bajo un mismo cielo -diálogo entre las culturas católica, judía y musulmana" (Edhasa, 2005).

Diseño Gráfico

Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes.

Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decidió radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Colaboró en la diagramación y armado de originales: Inés Vasini

Fotografías actuales

Ricardo López Dusil / María Masquelet

Impresión

Imprenta Parada Obiol

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Virrey Cavallos 1623/25/27 C1135AAI

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

República Argentina

Teléfonos y Fax (011) 4304-4524 y líneas rotativas

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo.

En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

El Farmacéutico

El farmacéutico recibe en el mundo entero una formación cultural que le permite cumplir un papel destacado en el seno de la sociedad, especialmente desde el punto de vista sanitario. Desde la antigüedad se lo consideraba un hombre preciso por definición y destino, atento a las prescripciones médicas, entrenado en las observaciones prácticas de los hechos, agente sanitario de acceso fácil y cotidiano. El farmacéutico es una especie de intermediario entre el conocimiento y el público al que se debe instruir, posición clave que hace de él un profesional calificado para la educación sanitaria y social de la comunidad.

En nuestra joven historia, la profesión farmacéutica tuvo que sobreponerse a diversas dicotomías. A principios del siglo XX, se logró que los medicamentos fueran de venta exclusiva en farmacias y que solamente los farmacéuticos pudieran establecer nuevas farmacias bajo su dirección técnica, según lo establecía la ley N° 4687. Años más tarde, en 1967, por ley N° 17565, se autorizó la constitución de sociedades en comandita simple como titulares de la propiedad, incluyendo a terceros no farmacéuticos. En 1991, por el decreto N° 2284 se desreguló la propiedad de la farmacia, permitiendo que cualquier persona física o jurídica fuera propietaria y además, autorizó la venta fuera de ellas de especialidades medicinales catalogadas como de expendio libre.

Hoy en día, las instituciones que nos nuclean están trabajando arduamente en poder conseguir que los medicamentos sean nuevamente de venta exclusiva en las farmacias y a su vez dispensados por el farmacéutico o por personas autorizadas, como lo fue desde comienzo del siglo XX. Esto permitirá un uso racional y económico de los medicamentos por parte de la población, la cual se encuentra sometida actualmente a una publicidad masiva, y muchas veces exagerada, en lo que respecta a las "bondades" de medicamentos de venta libre, nutracéuticos y suplementos dietarios.

La realidad socioeconómica del país requiere de un profesional farmacéutico que se encuentre en constante capacitación, para poder dar respuesta satisfactoria a las necesidades asistenciales del paciente y de la comunidad, es decir, brindar atención farmacéutica, actitud profesional primordial a la que todo farmacéutico debe tender. Para lo cual se reconoce que el método de trabajo en equipo (con los demás actores del sistema de salud) es vital para obtener un rendimiento óptimo de recursos limitados, tanto humanos como financieros, para atender las necesidades asistenciales en el país.

La Federación Internacional Farmacéutica (FIP) estableció en la declaración de Tokio que "los farmacéuticos en ejercicio de su profesión deben asegurar la calidad apropiada del servicio que prestan a cada paciente", para lo cual deben cumplir con las Buenas Prácticas en Farmacia (BPF), instrumento aportado en la mencionada declaración.

El cumplimiento de dichos objetivos se sustenta, en nuestro país, en una educación farmacéutica universitaria con contenidos actualizados y similares en todo el territorio, siendo el Ente Coordinador de Unidades Académicas de Farmacia y Bioquímica (Ecuafyb), integrado por las facultades de Farmacia del país y con representación por parte de las organizaciones farmacéuticas, el que determina los contenidos curriculares comunes y establece la metodología de enseñanza, haciéndola más práctica y orientando el aprendizaje hacia la resolución de problemas y al desarrollo de habilidades comunicativas y de liderazgo.

Para poder crecer es necesario conocer nuestra historia, aprendiendo de las enseñanzas que nos dejaron nuestros antepasados y tratando de no cometer los mismos errores; para ello podemos valernos de los fascículos de Fundando Pueblos, editados por Laboratorios Monserrat y Eclair, al que le brindo mis felicitaciones por la calidad del material editado.

Farmacéutico Néstor Hugo Dudik

Profesor titular de Legislación Farmacéutica y Práctica Profesional
Carrera de Farmacia – Universidad Nacional del Chaco Austral

BARILOCHE



Boticarios
a orillas del Nahuel Huapi

« 7 am, menos 8 grados C. y 665 mm. Tengo 70 centímetros de nieve y sigue cayendo gruesa y espesa. Por Dios no se concluye, cuánta fatiga y frío me cuesta la leña. Y no se ve nada ni sé nada de nadie. Es triste de veras vivir así. Hay una pocas averjas que limpio y muelo hago tortas y añado café amargo (...) El tiempo está maleándose, sin harina 3 meses, sin yerba son 2, no me queda grasa, nieva grueso, nadie llega».

Este testimonio escrito por uno de los primeros pobladores y primer meteorólogo de la Colonia Nahuel Huapi, recogido por Julio Argentino Riesgo, en *Bari-loche: ¡Cuándo era ayer!*, da una idea cabal de las duras condiciones de vida a las que se sometieron los pioneros que, fascina-dos por la belleza y las posibilidades del lugar, se instalaron en las cercanías del lago a finales del siglo XIX. Así se vivía en San Carlos de Bariloche y sus alrededores, una realidad tan diferente a la que tendría después con sus viajeros de lujo primero y, más tarde, con el turismo masivo.

Con ese nivel de aislamiento y de precariedad, el cuidado de la salud no

habría de ser una prioridad para los colonos, preocupados por necesidades urgentes de supervivencia como la comida y el abrigo. De poco dispondrían en caso de enfermedad y sólo tenían dos opciones para curarse, una era trasladarse a Chile donde podían ser atendidos y la otra, seguramente la más habitual, acudir a la naturaleza y a la sabiduría popular y prepararse algún

té, jarabe o emplasto, según el caso, con plantas de la zona.

Es probable también que el necesitado encontrara alguna droga traída de afuera en los almacenes de ramos generales, como el de Carlos Wiederhold, comerciante alemán que llegó de Chile en 1895 y que fundó el primer negocio del pueblo. En un principio llamado La Alemana y



Viejos pobladores de Bariloche, o comienzos del siglo XX.

luego San Carlos, estaba en lo que hoy es pleno centro de la ciudad y tiene el gran valor simbólico de haberle dado a ella su nombre.

También se podía conseguir algo en "el boliche de Jones", el almacén que, en 1897, abrieron Jarred Jones y Enrique Neil, cerca del nacimiento del río Limay, un cruce de rutas por el que pasaban

los viajeros que estaban buscando tierras para afincarse. Allí tanto se servían copas en el mostrador y algunas veces se ofrecía algo de comida, como se encontraban mercaderías de lo más variadas, que se anotaban rigurosamente en cuentas corrientes que luego se saldaban. Entre tantos artículos -señala Ricardo Vallmitjana, en su trabajo *De boticarios, médicos y farmacéuticos*,

también figuraban "una buena cantidad de ungüentos y jarabes, parches porosos, aceite de castor y de almendras, sal inglesa, antipirina, nitrato de magnesio, linimentos y otros remedios de la época", según un inventario de 1909.

De esta manera se suplía la falta de boticas, que todavía no habían llegado al lugar, como consta en el catastro del pueblo de Bariloche del 30 de abril de 1905, en el que sólo aparecen los siguientes comercios: 3 boliches, 1 zapatería, 2 carnicerías, 2 carpinterías, 2 panaderías, 1 almacén y molino, 1 almacén y el hotel Perito Moreno.

Así transcurría la vida en esos parajes todavía inhóspitos, en los que el primer médico, el belga José Emanuel Vereertbrügghen se instaló en 1907. Tenía su casa a la vera del lago Gutiérrez, e iba al pueblo una vez por semana, los martes, el día que llegaba el correo. Recibía a sus pacientes en un cuarto del hotel San Carlos, en la esquina de Moreno y Villegas, y cuando el día estaba lindo, ponía una mesa y sillas en el patio y allí atendía las consultas.

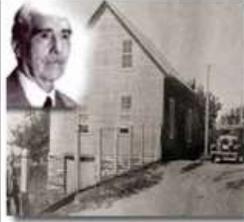
En esa primera década del siglo XX, también estuvo, seguramente por poco

tiempo, el boticario Sampayo, que vendía sus preparados en la calle Quaglia, a metros de Moreno. Pero el primer idóneo recordado por los viejos pobladores de Bariloche es Francisco Jordi Oliveras, al que la ciudad rinde homenaje con el nombre de una calle en el barrio Omega.

Jordi había nacido en Barcelona, en 1886, y muy joven emigró a Cuba, donde en el desempeño de su actividad contrajo tífus. Luego de una lenta recuperación se trasladó a Chile y, de allí, a Bariloche, a donde llegó alrededor de 1910. Una vez en la ciudad, abrió una pequeña farmacia sobre la calle Quaglia, a media cuadra de Mitre y, más tarde, se trasladó a la esquina de Mitre y Palacios, donde alquiló unas habitaciones en la casa de la familia Peflaure. Allí se quedó, preparando los medicamentos que le pedían con drogas traídas de Chile. Según relatos de sus descendientes, Jordi, que murió en Bariloche poco tiempo después, se había destacado por ser un joven agradable, de poblado bigote, todo un dandy, de acuerdo con los valores de la época.

El "médico nuevo"

Con la llegada hacia 1920 del doctor Ernesto Serigós,



El doctor Ernesto Serigós y su famoso Ford T y la fachada del antiguo hospital regional.



primer médico argentino que se instaló en Bariloche, la sanidad dará un vuelco en la región. Con gran espíritu aventurero y como una especie de festejo por haberse graduado, él junto con otros recién egresados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires llegó al sur para hacer un recorrido por estas tierras antes de comenzar a desarrollar su profesión en la capital del país. Sin embargo, Serigós quedó cautivado por Bariloche y decidió radicarse por un tiempo aquí.

Además del legado indudable de su labor como médico, Serigós dejó también un valioso testimonio de la vida por aquellos años, en su libro *El "médico nuevo" en la aldea*, en el que hace un relato encantador de sus inicios en el pueblo y brinda interesantes datos sobre el ejercicio de la medicina y también de la farmacia.

Cuenta que -todavía como turista- le tocó alojarse en la hostería de Emeterio Laureano Carrasco, más conocido como el "Zorro" Carrasco.

No bien llegaron, salieron con sus compañeros a dar una vuelta y, de pronto, de una plantación rodeada de cañas surgió una persona que les dijo: *"¡Ah! ¿Son médicos? Les interesará entonces saber que esto que ven es una colección de plantas y hierbas medicinales y creo tener por lo menos un ejemplar de las especies conocidas. Me carteo con profesores de la facultad de Medicina de Buenos Aires a quienes envío material de estudio"*. Según algunas fuentes, a falta de boticas, mucha gente iba justamente a la casa de Carrasco a buscar estas hierbas curativas.

Ya radicado en Bariloche, Serigós tendrá más de una sorpresa. Le habían infor-



El doctor Juan Javier Neumeyer, director del hospital de Bariloche y uno de los fundadores, en 1931, del Club Andino.

mado que había dos profesionales, el "médico viejo", en referencia a Vereert-brügghen, y el "médico alemán", a quien estaba muy interesado en conocer porque lo pensaba un compañero ideal para desarrollar la cirugía en el lugar. A los pocos días de instalado, un poblador lo fue a buscar porque el médico alemán había recomendado que hiciera una consulta con el "médico nuevo", ya que su hijo tenía una enfermedad desconocida para el profesional europeo.

Cuando Serigós vio al paciente, no entendía qué sucedía. El joven tenía

todos los síntomas de la tuberculosis y ya estaba cerca de la muerte. Frente a ese panorama, a Serigós lo invadió la duda. No podía creer que un médico, seguramente con experiencia, no hubiera reconocido una enfermedad tan común que aun él, recién recibido, habría podido diagnosticar. Con este dilema, se decidió a visitar al profesional alemán, quien lo recibió y la primera pregunta que le hizo fue si era un médico con título argentino y si ejercería en la aldea. Al asentir Serigós, el alemán le confesó que él no era médico, sino químico industrial y que había tra-

bajado en una empresa en Paraguay y cuando ésta se había incendiado, alguien le sugirió que ejerciera la medicina en San Carlos aprovechando la experiencia obtenida en la fábrica donde atendía ocasionalmente a los obreros. A los pocos días, el falso galeno abandonó la aldea y nada más se supo de él.

A pesar de la desilusión sufrida frente a este supuesto colega, Serigós, fiel a su idea de quedarse, fue a conocer el hospital salesiano ubicado en el solar de la iglesia parroquial, que había sido creado

en 1915. Era una modesta vivienda de madera, donde conoció al enfermero José Cuaranta, sacristán, farmacéutico y, en caso necesario, médico también.

El hospital era más que modesto. Había una sala de espera, una habitación de internados con pocas camas y un colchón en el suelo, y en un pequeño cuarto contiguo una desvencijada mesa de operaciones y, sobre ella, una caja de instrumentos cubierta por una capa de polvo. Eran pinzas y accesorios quirúrgicos anticuados, donación de un médico turista. Al frente, una vitrina repleta de medicamentos -muestras gratis- cuyas indicaciones, Cuaranta, única autoridad médica, ignoraba en su mayoría. Además, había una careta para dar cloroformo, casi irreconocible.

En ese hospital, Serigós debió hacer su debut profesional con una operación de peritonitis. Esta primera intervención quirúrgica realizada en San Carlos de Bariloche salvó la vida de un niño, y contó -a falta de ayudantes preparados- con la asistencia de Cuaranta, del cónsul chileno Antonio Ríos y de Alicia Gingin, quien ofreció como improvisada anestesista.

La siguiente operación lo encontró un poco mejor pre-



Fabio Luelmo.

Fabio Luelmo



parado, ya que el "médico nuevo" había viajado a Buenos Aires para aprovisionarse de instrumental. No bien regresó, fue a su encuentro Emilio Frey, el fundador de una de las familias más tradicionales de Bariloche, preocupado por el estado de su hija menor. Daby, de cuatro años, tenía apendicitis. Con los mismos ayudantes de la vez anterior, pero con el nuevo instrumental, esterilizado en la cocina del hotel donde él atendía, la operación se realizó en la casa de Frey, en un improvisado quirófano armado en el escritorio. Y con un testigo más que inquietante: a pesar de las recomendaciones del médico de que los familiares abandonaran la sala, don Emilio presenció toda la exitosa operación de su hija.

Diez años después, ya en Buenos Aires, Serigós le efectuó a Daby otra operación para reparar la cicatriz de la anterior. Y ahí la paciente le confió: "La única persona que creía que volvería a San Carlos a trabajar era usted, doctor. ¡Gracias a eso pude ser operada!"

La más antigua en actividad

Mientras tanto, se había instalado en la ciudad el primer farmacéutico diplo-

mado, Luis Diógenes Fernández, quien es probable que haya adquirido la botica que dejó Jordí. En un primer momento, su farmacia estuvo en el terreno donde actualmente está la Catedral, junto a la roca que se encuentra en el parque que rodea la iglesia y, luego, la mudó a la esquina de Mitre y Beschtadt.

Pero Fernández estuvo por poco tiempo en la ciudad y, cuando partió, en 1917, le vendió la botica a Fabio Heradio Luelmo, un español que había llegado a la Argentina siendo muy pequeño y que, recibido de dependiente idóneo en Farmacia, había elegido Bariloche como lugar para ejercer su actividad.

Entre la documentación que todavía conserva la familia Luelmo, se encuentra una carta de una autoridad de la ciudad en la que le pide a Jarred Jones, el dueño del almacén de ramos generales, que traslade material y drogas para don Fabio: "En conocimiento de que Ud. está para mandar al Neuquén una de sus tropas en carros y haciendo una atención al nuevo Farmacéutico de esta localidad señor Fabio Luelmo, quien necesita traer unos bultos de drogas y equipaje que tiene en Neuquén con peso de unos 300 kilos, por lo que me permito pedir a Ud.



Actual centro cívico de la ciudad de Bariloche.

si podría hacer el favor de hacerlos traer..."

La Farmacia Luelmo tuvo varias mudanzas y es difícil saber cuál fue su primer emplazamiento. Según algunas fuentes, Fabio la abrió en Moreno y Rolando, donde actualmente están los jardines del Hotel Bella Vista. Pero, Vallmitjana, un gran conocedor de la historia barilocheña, asegura que nunca estuvo en ese lugar, sino que sus inicios fueron en Mitre y Beschtetd.

Lo que sí se sabe con claridad es que hacia fines de la década de 1920, Fabio Luelmo debió cerrar su farmacia, porque ya no podía ejercer como idóneo ante la llegada a la ciudad de un farmacéutico con título universitario: Federico Juan Antonio Molinelli. Graduado en 1925, en Tucumán, éste abrió la Farmacia Molinelli, en un local de la calle Beschtetd, y muy pronto encargó la construcción de un edificio propio, en Rolando 258, al que se mudó en cuanto estuvo terminado. Tiempo después, volvería a cambiar de local, cuando se trasladó al de Mitre 124-130.

Molinelli no sólo se dedicó a la actividad farmacéutica, sino que también fue un pintor reconocido y fundador y primer presidente de

la Asociación de Artistas Plásticos del Nahuel Huapi. Además, fue presidente de la Liga Comercial, Ganadera y de Unión Vecinal y del Tiro Federal, donde, el 3 de septiembre de 1938, se hizo el primer baile, que fue todo un acontecimiento que inundó de alegría los salones del Hotel Suizo, donde debutó una nueva orquesta formada con músicos provenientes del vecindario y de la guarnición militar local.

Pero la historia de la Farmacia Luelmo no terminó con la llegada de Molinelli, ya que el establecimiento volvió a abrir en 1932, ahora conducido por Horacio Flavio Luelmo, hijo de Fabio, que se había recibido de farmacéutico, en sólo dos años, en la Universidad de Córdoba. La nueva Farmacia Luelmo estaba ubicada en Mitre 535, de donde posteriormente se va a mudar a Mitre y Villegas y, más tarde, a Mitre 445.

Don Fabio, que también era delegado del consulado español, siguió trabajando en la farmacia hasta su muerte, en 1948, y fue muy respetado por los pobladores del Bariloche de las primeras décadas del siglo XX, a los que muchas veces curó con sus consejos y recomendaciones.



Beltrina postal de un día campestre. A la derecha, sentados en el piso, Fabio Luelmo y su pequeño hijo Horacio.

Ya sólo al frente de la farmacia, Horacio Luelmo la va a mudar una vez más, a Moreno y Onelli, donde estará por muchos años. Y en la década del cincuenta, abrirá en sociedad con la farmacéutica Manuela Hauri, la Farmacia Hauri, en Villegas entre Mitre y Moreno.

Al igual que su padre, Horacio fue un personaje reconocido en la ciudad, pero en su caso más por su actuación política y social que por su actividad profesional.

Fundador del Partido Socialista en Bariloche, uno de los principales promotores de la creación del primer colegio secundario de la ciudad, donde también ejerció la docencia, y concejal municipal, tuvo durante su gestión como diputado nacional por Río Negro una participación destacada en proyectos vinculados con la conservación de la naturaleza y la función de Parques Nacionales.

Al tiempo que llevaba adelante su actividad política,

Horacio siguió ejerciendo la profesión en la Farmacia Luelmo hasta que, a fines de la década del sesenta, se separó de su mujer, Consuelo Garza, y se trasladó a la ciudad de Neuquén, donde puso la Farmacia Ríoja, que atendió hasta su fallecimiento, en 1975.

Pero la Luelmo siguió en funcionamiento, con Consuelo Garza como propietaria y diferentes directores técnicos, entre ellos la farmacéutica Ana María García Cano, que más tarde pondría su

propia farmacia que aún hoy sigue en actividad.

Ya en la década del 90, la viuda y los hijos de Luelmo le vendieron la farmacia a Rolando Laurysens, quien lo mudó a Moreno y Godecke, donde se encuentra actualmente, pero ahora en manos de su nueva propietaria, Beatriz Sorzana de Bachillier.



En una ciudad en crecimiento

¿Qué pasó, mientras tanto, con Federico Molinelli? Siguió al frente de su farmacia hasta 1944, año en que falleció, y su viuda les vendió el establecimiento a dos jóvenes farmacéuticos, recibidos en Buenos Aires, Mariano de Miguel y Jorge Gilmore.

De Miguel había nacido en Rancul, La Pampa, adonde su padre había llegado a comienzos de la década del diez y, en pocos años, logró tener una casa de ramos generales que vendía desde alpargatas hasta autos e, inclusive, funcionaba como una especie de corresponsal del Banco de la Nación Argentina, ya que era el lugar donde se pagaban los cheques de esa institución. Estudió como pupilo en el Colegio de los Hermanos Maristas de Luján y luego hizo la carrera de Farmacia en la Universidad de Buenos Aires. Allí conoció y se hizo muy amigo de Gilmore, con el que llegaron a un acuerdo: cuando encontrarán una farmacia para comprar, se harían socios. Hasta que apareciera el negocio soñado, de Miguel trabajaba en Haedo y cursaba la carrera de Bioquímica. "Durante los fines de semana recorría distintas localidades tratando de en-



Mariano de Miguel con su esposa, Dora Marta.

contrar un lugar para independizarme y poner mi propia farmacia. Así, anduve por Villa María, Chacabuco, Santa Rosa, General Pico, siempre los fines de semana", contaba de Miguel, en una entrevista publicada en El Diario, de San Carlos de Bariloche, el 30 de octubre de 1981, con motivo de la ampliación y reapertura de su farmacia.

Y un día llegó la oportunidad que estaba esperando. Había conocido en la facultad a una sobrina de

Molinelli, que le había hablado sobre su tío y su farmacia en Bariloche. Al poco tiempo de ese encuentro, se enteró de que el farmacéutico había fallecido, se puso en contacto con su viuda y, en 1945, viajó a Bariloche.

Fue justo en un momento en que la ciudad comenzaría otra etapa. Los viajeros aventureros y de clase alta iban a dejar paso al turismo masivo, con los cambios que esto significa. En 1940 ingresaron en la ciudad alrededor de 4.000 visitantes y, en 1950, sólo diez años después, entraron 55.000 personas, que casi se duplicaron en la década siguiente. Así también se multiplicaron los hoteles y los servicios para los viajeros.

En este contexto, de Miguel y Gilmore adquirieron la farmacia Molinelli, a la que por un tiempo le mantuvieron el nombre. En 1950, la sociedad llegó a su fin, Gilmore vendió su parte y la farmacia pasó a llamarse de Miguel, nombre que mantiene hasta la actualidad.

"Papá era un tipo muy carismático, muy arrollador, que tenía muchas actividades comerciales—describe su hijo Mariano Luis, heredero de la profesión de su padre y dueño de las farmacias de Miguel y



De Miguel padre e hijo con su auto del 37.

Elustondo—. Era de carácter fuerte y con un gran magnetismo. Yo tenía mucha afinidad y relación con él. Trabajábamos juntos".

Entre las múltiples actividades que desarrolló, de Miguel padre fue durante dieciocho años presidente de la UCR del Pueblo; actuó durante mucho tiempo en la Cámara de Comercio, a la que presidió por 12 años; fue presidente del Colegio Farmacéutico de Río Negro, y uno de los artífices del traslado de la institución de Viedma a Roca, y fundador, junto con otros, de la Unión Cooperativa Farmacéutica, la primera droguería del sur, con sede en Bahía Blanca.

"Cuando comenzó la farmacia -relata Mariano Luis de Miguel-, los medicamentos llegaban directamente del laboratorio por ferrocarril. Un pedido tardaba como diez días y había que ir a la estación a buscarlo. Después se usó un flete que hacía el traslado desde la estación y la distribución interna. Para no tener dificultades por falta de mercadería, en el edificio viejo, en los dos departamentos que había arriba, se almacenaba una gran cantidad de medicamentos, ordenados según el laboratorio."

Ya con su primera farmacia encaminada, Mariano de Miguel se asoció con Pío Elustondo y pusieron la



Mariano Luis de Miguel, hijo.



Un enamorador de la región

Cuando se habla de Bariloche, resulta inevitable recordar a Francisco P. Moreno. La importancia de sus expediciones y sus descubrimientos en la región lo convirtieron en una figura siempre presente para los habitantes de la zona.

Moreno había nacido en Buenos Aires, en 1852, y desde muy joven se sintió atraído por el sur. En 1875, con la ayuda económica de la Sociedad Científica Argentina, viajó para hacer un recorrido de reconocimiento de los ríos Limay y Negro, y así fue que se convirtió en el primer naturalista que llegó desde el Atlántico hasta la región de los lagos. De allí, quiso pasar a Chile, pero los mapuches que lo habían recibido con hospitalidad no lo autorizaron a seguir su viaje y debió retomar el curso del Nahuel Huapi y regresar a Buenos Aires.

Pero ese no sería su último viaje a la región. En 1877, fue a lago Argentino, y rumbo al norte encontró otro caudal de agua al que bautizó San Martín. Recorrió el lago Viedma, trazó el primer mapa de la zona y denominó a un imponente volcán Fitz Roy, en homenaje al científico inglés. Descubrió también varios yacimientos arqueológicos y fósiles notables.

En 1879, volvió a la Patagonia, enviado por el presidente Avellaneda, con la misión de estudiar las riquezas y la posibilidad de colonizar el sur.

En 1896, de nuevo en el sur ya con la designación oficial de perito en la demarcación de límites con Chile, encaró esa tarea en la que tuvo una actuación destacada.

Como recompensa por los servicios prestados al país, en 1903, se le cedieron 25 leguas de terrenos en la Patagonia. El 6 de noviembre de ese mismo año, Moreno donó tres leguas cuadradas en un extremo del lago Nahuel Huapi, para la creación del parque nacional Nahuel Huapi.

Entre sus obras más destacadas, hay que citar: *Noticia de la Patagonia, Viaje a la Patagonia Austral, 1876-1877, Viaje a la Patagonia Septentrional, Apuntes sobre las tierras patagónicas y Notas preliminares sobre una excursión a los territorios de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz y Frontera chileno argentina.*

Murió el 22 de noviembre de 1919 y, en 1944, sus restos fueron trasladados a la isla Centinela, en el Parque Nacional Nahuel Huapi.

farmacia Elustondo, que abrió en Quaglia y Moreno y luego se trasladó a Bartolomé Mitre 379, en un edificio propio. Después de un tiempo Elustondo vendió su parte a la familia de Miguel, que puso como regente al farmacéutico Bautista Pistarini y luego la dirección técnica quedó a cargo de Mariano Luis.

Con una empresa próspera, en 1979, los de Miguel decidieron renovarse y hacer un nuevo edificio en el mismo

lugar donde habían comenzado. Fue así que se mudaron al local que había sido de la Farmacia Hauri y durante dos años atendieron allí, mientras arquitectos y albañiles tiraban abajo la vieja construcción y hacían el edificio que ocupa actualmente. Hoy la dirección técnica está a cargo de Nora Borgognone, que suplió en esa tarea a Mariano de Miguel, cuando murió en 1988.

En cuanto a Gilmore, dejó

por unos meses Bariloche, pero regresó y compró, en 1950, la Farmacia Aguirre, que había sido fundada por Nicanor Aguirre, en 1942, en Mitre y O'Connor. Allí le puso su nombre y se asoció con el farmacéutico Mario Celoria, en 1962, al que le vendió su parte en 1968 para abandonar Bariloche definitivamente rumbo a los Estados Unidos.

Celoria, farmacéutico y bioquímico graduado en Santa Fe, se había insta-

lado en la ciudad en 1955 y trabajó los primeros años en el hospital y luego se dedicó a la farmacia Gilmore, la que mudó en 1984 a su ubicación actual, en Mitre y Goedecke, donde sigue en manos de su hijo Mario.

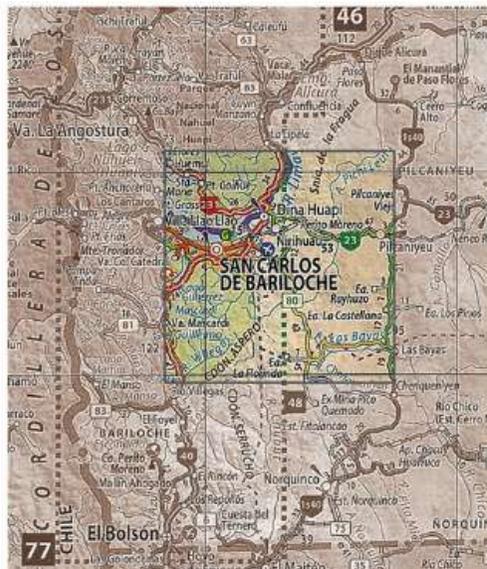
Hoy, las farmacias se multiplicaron en una ciudad que, en temporada de turismo, tiene un ritmo vertiginoso, dado por la cantidad de veraneantes que recibe, y que hace difícil imaginar cómo transcurría la vida de esos pioneros hace apenas un poco más de un siglo atrás.

Datos históricos

- La ciudad debe su nombre a Carlos Wiederhold, quien instala, en 1895, el primer almacén de ramos generales y a una deformación del término "vuriloche", denominación que recibían los indígenas que habitaron los valles del sector oriental de la cordillera de Los Andes antes del ingreso de los mapuches.

- El 3 de mayo de 1902, por medio de un decreto presidencial, se da carácter oficial de fundación al asentamiento que lleva el nombre de San Carlos de Bariloche.

- En 1912, llega el primer avión a Bariloche, que había



partido de San Isidro, provincia de Buenos Aires, con escalas en Bahía Blanca, Río Colorado y Cipolletti.

- En 1913, se termina de construir el primer camino para autos, obra que se realiza debido a la visita del ex presidente norteamericano Theodore Roosevelt.

- En 1922, se decreta la creación del Parque Nacional del Sud, en tierras donadas por el perito Francisco Moreno, en 1903.

- En 1931, se funda el Club Andino Bariloche, promotor de las actividades de mon-

taña y las escuelas de esquí.

- En mayo de 1934, llega por primera vez el ferrocarril a la ciudad.

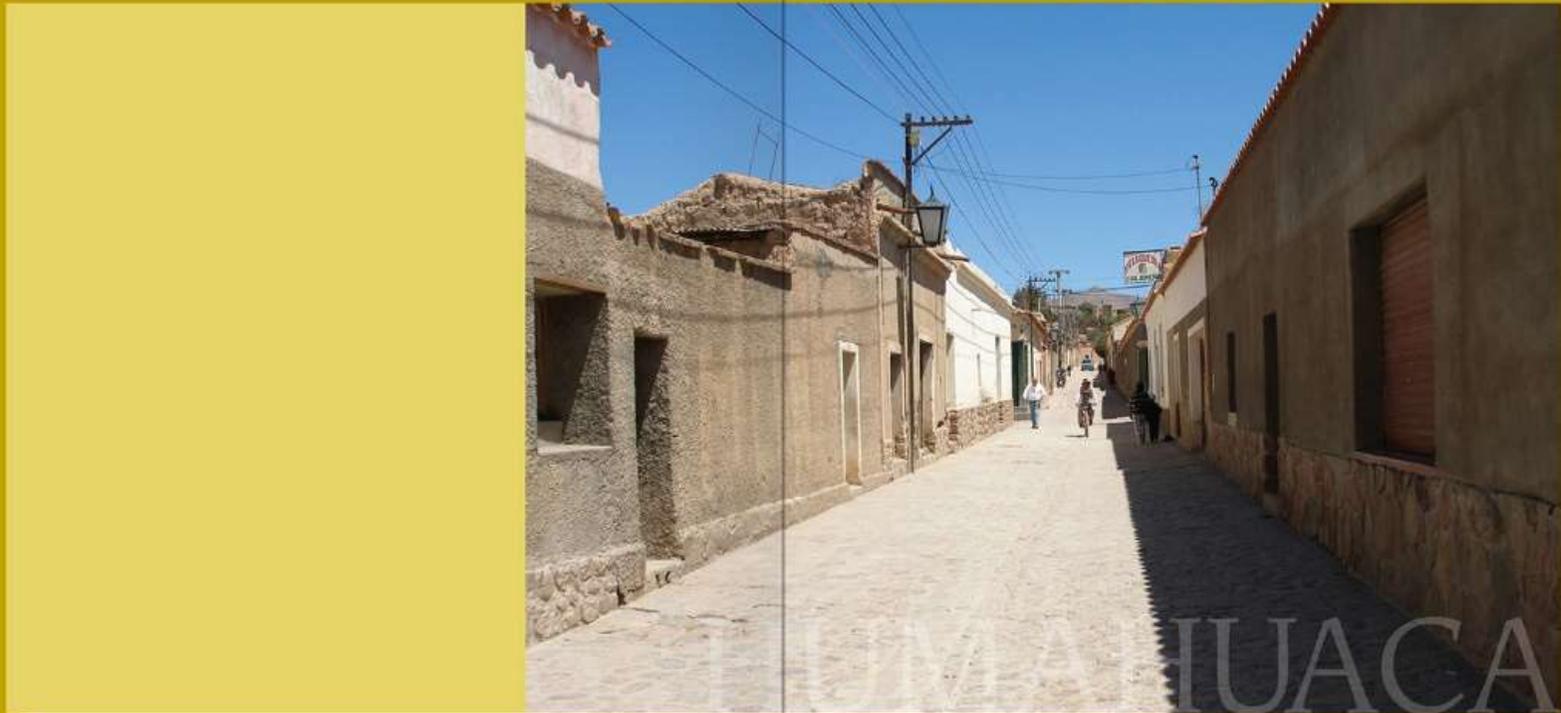
- En 1934, se crea la Dirección de Parques Nacionales, que da impulso a la ciudad.

- El 17 de marzo de 1940, se inaugura el centro cívico, construido con madera de ciprés, alerce y piedra, que en 1987 será declarado Monumento Nacional.

- En 1947, se inaugura Nuestra Señora del Nahuel Huapi, catedral de Bariloche.

HUMAHUACA

De la medicina tradicional



a los primeros boticarios

Otras historias

En los brazos de Morfeo

El tratamiento del dolor siempre fue una de las preocupaciones centrales de la Humanidad.

A comienzos del 1800 un joven aprendiz de boticario, el alemán Friederich Wilhelm Adam Sertürner, recibió el encargo de su patrón de profundizar el estudio de calidad del opio que se vendía en las boticas.

En busca de ese "algo" milagroso que calmara el dolor, disolvió el opio en un ácido y tras añadirle amoníaco se encontró con unos cristales grisáceos que utilizó experimentalmente en gatos comprobando su tremendo poder hipnótico.

Un día, aquejado de un serio dolor de muelas, Sertürner decidió probarlo él mismo, consiguiendo dormir ocho horas y levantándose sin la más mínima molestia.

Debido a su potencia somnifera, bautizó la sustancia en homenaje al dios griego del sueño Morfeo, y la llamó morfina.

La morfina fue administrada primero por vía estomacal,



Vorano en la quebrada, en 1925. (AGN)

Ese día, Cesarina debe de haber atendido a sus clientes como siempre. Habrá recomendado algún preparado, prometido que otro estaría listo para mañana, hecho conjeturas sobre qué temperatura haría al día siguiente, preguntado por la salud del padre de un vecino y se habrá despedido con un cordial "hasta mañana, que siga bien" de cada una de las personas

que pasaron por la Farmacia Brescia. Sus clientes se deben de haber comportado de igual manera, como si ese día fuera uno más entre tantos de los que transcurrían sin demasiadas diferencias en la ciudad de Humahuaca, durante 1950.

Sin embargo, es probable que la farmacéutica Cesarina Orrillo ya hubiera tomado una decisión y, a pesar de su amable "hasta

mañana", supiera que no abriría la farmacia al día siguiente, ni nunca más. O no. O fue el destino el que hizo que ese día fuera el último de su vida. O fue el novio quien la asesinó por algún motivo que nadie quiere desentrañar, más aún cuando ha pasado tanto tiempo. Lo cierto es que, después de más de medio siglo, las versiones son contradictorias y los humahuaqueños prefieren no entrar en detalles sobre

cómo fue el final de la primera farmacéutica llegada al pueblo. Tal vez por piedad, por un pacto de silencio o por aquello de que en pueblo chico el infierno es grande, su trágica historia permanece en las penumbras.

Cesarina había llegado a la ciudad desde Tucumán, en 1935, seguramente tentada por la ausencia de boticas en el lugar, ya que hasta ese momento los

luego levantando la dermis y depositando la dosis necesaria.

Finalmente, adquirió gran notoriedad gracias a la invención de la jeringa de Prava y sobre todo a su utilización masiva por parte de los militares durante la guerra de 1914.

A partir de 1951 fue posible la síntesis química y de derivados morfínicos.

Actualmente la morfina sigue siendo el analgésico clásico más eficaz para aliviar los dolores agudos, pero su utilización va decreciendo a medida que aparecen nuevas drogas sintéticas, las cuales se supone son menos adictivas y permiten que personas alérgicas a la morfina puedan aliviar igualmente sus dolores.

Sertürner instaló su propia farmacia en 1809 en Einbeck, donde estuvo hasta 1820, en que se trasladó a Hameln.

En 1831 recibió el premio Monthyon de la Academia de Ciencias de París por haber comprobado la naturaleza alcalina de la morfina, hallazgo que posibilitó que Paul Traugott Meissner formulase el concepto de alcaloide en Viena.

Únicos farmacéuticos que habían atendido a los lugareños eran los asignados al hospital. Se instaló en la calle Buenos Aires, muy cerca de la plaza principal, en casa de la familia Rivera, donde abrió su local en la esquina, y allí también alquilaba una habitación en la que vivió durante todos los años que permaneció en Humahuaca.

No le debe de haber resultado fácil ganarse la confianza de los viejos pobladores, que estaban más habituados a curanderos y remedios tradicionales, que a la medicina y la química de las universidades. Además, en la década de 1930, todavía la ciudad estaba ajena a la llegada de gente de otros lugares, muy lejos del auge del turismo, y la vida se desarrollaba puertas adentro, casi sin locales comerciales y con una economía familiar.

"Todo lo hacía la familia. La situación económica no era de las buenas, no había un negocio, no había dónde comprar las cosas. Todo se resolvía puertas adentro", cuenta Lilia Rivera de Miranda, que sigue viviendo en una tradicional casona, en la misma donde nació hace más de ochenta años, y que perteneció a su familia desde que fue construida



Lilia Rivera de Miranda.

en 1790. Ejemplo de la arquitectura urbana de la quebrada, la casa tiene dos entradas, una a mitad de cuadra, por la que se ingresa en la vivienda, y una puerta doble en esquina, diseñada para brindar un acceso amplio a los antiguos locales comerciales.

"Esta casa tenía corral, con corderos y chanchos -recuerda Lilia-. El día que se carneaba era una fiesta. También había maíz, papas, de todo. Y enfrente, teníamos un campito con vacas, donde los chicos íbamos a buscar la leche. Además, nuestras mamás eran muy industriosas,

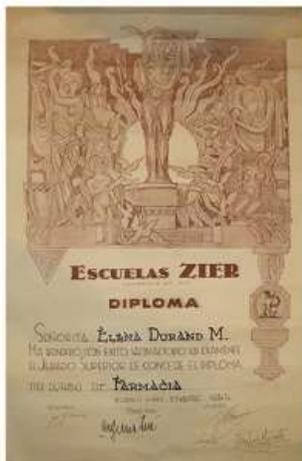
entonces no hacía falta nada. Los primeros negocios aparecieron recién cuando yo ya era grande".

A pesar de que Lilia afirma: *"Yo no vivo de recuerdos, no me gustan las cosas viejas, no tengo fotos..."*, por su edad y su memoria, ella no sólo es una testigo privilegiada de las costumbres y los avatares de la ciudad, sino también de cómo se desarrolló la profesión farmacéutica en el ámbito local. Fue su madre quien le alquiló la esquina a Cesarina y en esa misma esquina, muchos años después, su marido volvería a poner otra farmacia.

Pero a pesar de haber estado vinculada a la actividad y recordar que *"a la señorita Orrillo la querían mucho",* Lilia no puede dejar de reconocer: *"Hasta no hace muchos años, la gente les tenía un poco de recelo a las farmacias. Había mucho curanderismo. Yo me acuerdo que mi madre nos llevaba, porque nos 'asustábamos' mucho. Aquí mismo, en esta casa hubo una señora que tenía mano santa y todos venían a hacerse curar".* El llamado "susto", un malestar que aqueja sobre todo a los niños, todavía hoy, en la quebrada, es tarea para los curanderos.



Farmacia de Orrillo. (Actual locutorio) ▶



Una botica familiar

Cuando Cesarina Orrillo murió, Humahuaca quedó nuevamente sin botica. Pero no sería por mucho tiempo. A mediados de la década de 1950, un día como todos, justo a la salida de misa, los vecinos de la ciudad habrán visto asombrados cómo desde el cielo comenzaba a caer una lluvia de volantes que anunciaban la apertura de la Farmacia San Silvestre. Y el asombro alcanzó también a la familia Durán, que aunque era la artífice de la nueva botica, no esperaba semejante anuncio.

“Una vez que ya estaba todo preparado para abrir la farmacia, mi madre dijo que antes de inaugurarla había que ir a misa y allí fue toda la familia. Cuando salieron de la iglesia, oyeron un ruido y era un avión, del que empezaron a caer papeles que publicitaban la próxima apertura. Era César Miranda, un primo de mi madre, aviador, que sin decirle nada la sorprendió con la volanteada”, explica Carlos Pérez, nieto de Maximiliano Durán e hijo de Elena Durán de Pérez, idóneos de destacada actuación en la provincia.

Maximiliano había nacido en 1892, en Tupiza,

Bolivia, y muy joven vino a la Argentina en busca de mejores horizontes. Luego de recorrer distintos pueblos y ciudades del Norte y realizar diferentes actividades, se afincó, en 1928, en Tilcara con el botiquín Del Pueblo, y si bien éste no sería su último destino geográfico, de la que ya no se alejaría más es de la actividad farmacéutica, a la que también se dedicarían varios de sus descendientes.

Algunos años después, la familia se trasladó a Abra Pampa y creó la Farmacia del Norte, donde estuvo hasta 1956. Y finalmente, Maximiliano, junto con su esposa, Teresa, y sus hijos, Elda Julia, Elena, Teresa y Armando, llegaron a Humahuaca donde instalaron la Farmacia San Silvestre, en Buenos Aires y Córdoba, justo en la esquina de la plaza principal, en un edificio que también tenía vivienda y que todavía hoy se conserva, convertido en un negocio de artesanías.

“El abuelo fue un visionario, pero también un hombre muy estricto, casi tiránico. Cuando yo me portaba mal, me sentaba en el patio de la casa y el castigo era tenerme allí toda la tarde, revolviendo constantemente el óleo calcáreo”, cuenta Carlos

Pérez, que también recuerda que él era el encargado de ir a esperar que llegara el tren, cargar la mercadería que les mandaban en una carretilla y trasladarla desde la estación hasta la farmacia.

A pesar de que no fue hace tantos años, los hábitos y costumbres de aquella Humahuaca por momentos parecen muy lejanos en el tiempo. Como la forma de pago, que en muchos casos era directamente con pepitas o láminas de oro extraídas de las minas de los alrededores y que la gente llevaba a la botica para que el farmacéutico se lo pesara en su balanza de precisión y le indicara, con total honestidad, cuánto era necesario para pagar el remedio que necesitaba el cliente.

La enfermedad de Maximiliano fue el motor de la partida de la familia, que abandonó Humahuaca, en 1962, para instalarse en San Salvador, en busca de mejor atención. Pero no abandonaron la profesión. Elena Durán, que se quedó en la quebrada hasta que pudo vender todo, llegó a la capital jujeña y rápidamente volvió a la actividad con la compra de la Farmacia Sarmiento, en Sarmiento e Independencia.

Poco tiempo después, Elena, con su marido y sus dos hijos, Jorge y Carlos, se trasladó a Salta, donde puso la Farmacia Ameghino, en Ameghino y Mitre. Y, al regresar a Jujuy, instaló la Farmacia Nuestra Señora de Nieva, que cuando ella se retiró siguió por un tiempo atendida por su hijo Jorge.

Hasta para carnaval

Con la partida de la familia Durán, otra vez Humahuaca se habría quedado sin farmacia si no hubiera sido por el marido de Lilia, Paulino Miranda —el “macho” Miranda, como todavía lo recuerdan en el pueblo—, que les compró el negocio a los Durán. Por un tiempo, lo mantuvo en la esquina de la plaza y luego lo trasladó a la casa familiar, en el mismo lugar donde había estado el de Cesarina Orrillo. Allí, la farmacia se convirtió en un referente para los vecinos, no sólo en busca de una solución para sus dolencias, sino también como punto de reunión, para conversar sobre política, enterarse de los últimos chismes del pueblo o simplemente charlar de bueyes perdidos con Paulino que, muy sociable, alentaba los vínculos amistosos.

Otras historias

Medicinas para los soldados

Las instrucciones dadas por los Reyes Católicos para los viajes de la conquista de América marcaban la necesidad de incluir profesionales de la salud en las expediciones: *“Es muy conveniente que en cada Compañía, o a lo menos en medio del Real, haya un hospital, un médico y un boticario para que curen a los enfermos y heridos que hubieren; y si estuvieren muy necesitados de salud, los envíen al hospital que dicho tenemos, para que allí sean bien curados y mejor tratados”*.

En cuanto a los remedios, se afirmaba: *“Y las medicinas que fueren necesarias y los ungüentos que fueren menester, como sean nuevamente hechas, se saquen de la botica y el boticario las provea a costa del príncipe o del señor que envía este ejército formado, porque los soldados tengan algún refugio y ayuda con algún alivio que bueno sea.”*

Otras historias

Desde el siglo XVII

A finales del siglo XVII, Andrés Ximeno Camarero instaló una botica en Peñaranda de Duero para que su hijo Lucas Ximeno Briongos, examinado en el tribunal de Real Proto-Medicato de Madrid, ejerciese su profesión. Como mandaban las costumbres de la época, el establecimiento tenía cinco dependencias bien diferenciadas, botica, rebotica, laboratorio, almacén y jardín, y todos los utensilios, medicamentos y material necesario.

Hoy, esa botica sigue siendo la farmacia del pueblo y los Ximeno no sólo han logrado pasar la profesión de padres a hijos sino que también han conservado en su local los instrumentos y la atmósfera de antaño.

Doña Anaesthesia

El obstetra James Young Simpson (1811-1870) experimentó con sus amigos y colegas distintas sustancias para comprobar si podían utilizarse como anestésicos a fin de aliviar los dolores del parto. La primera paciente a la que Simpson administró el cloroformo fue la esposa de un médico, que quedó tan maravillada por sus efectos que bautizó a su hija con el nombre de "Anaesthesia".

Como Miranda no era farmacéutico sino un emprendedor que se dedicaba a diferentes negocios, se hacía necesaria la presencia de un profesional con título habilitante. El primer regente de la nueva farmacia fue Amado Salomón, muy probablemente el primer farmacéutico humahuaqueño, que se había ido del pueblo para estudiar y, a su regreso, se empleó con los Miranda.

Cuando Salomón decidió irse a San Salvador, tentado por un empleo mejor, varios directores técnicos fueron sucediéndose en la Farmacia San Silvestre. En uno de estos momentos de transición, Miranda decidió ir a buscar a Tucumán a algún profesional recién recibido que quisiera instalarse en Humahuaca. Fue así como, en 1966, llegó a la ciudad Martín Corrales, que había venido a la Argentina desde Bolivia para estudiar y, no bien terminó su carrera, encontró con Miranda la posibilidad de comenzar a desarrollar la profesión.

Apenas dos años después, Corrales, ya afincado en el lugar y casado con una humahuaqueña, puso muy cerca de su primer destino, la Farmacia del Pueblo, que todavía hoy sigue funcionando, junto con otras dos, la Santa Rita y la

San Roque, que se instaló un poco más tarde, a medida que la población se iba incrementando.

"El pueblo en ese momento no daba para más de una botica —explica Lilia—. Además, nosotros teníamos muchos gastos, porque al regente le dábamos alojamiento y pensión, además de pagarle el sueldo. Así que tuvimos que cerrar". Pero Miranda no abandonó sus negocios. Dejó el local en la casa familiar, ahora transformado en perfumería, en manos de su mujer, y partió hacia Tilcara con parte de la mercadería que había quedado y puso el botiquín San Antonio en ese otro pueblo de la quebrada.



Así siguió la vida, hasta que, en 1976, murió Miranda, y Lilia se encontró con que no podía hacerse cargo sola de todos los negocios de su marido. Entonces, vendió, entre otras cosas, el botiquín de Tilcara. *"A pesar de que ya*

hacía mucho tiempo que habíamos cerrado todavía quedaba aquí un remanente de drogas, que Miranda no llevó a Tilcara, porque aquello era sólo un botiquín. Y un día viene a verme un amigo policía y me dice que me saque de encima todo lo que había quedado porque si llegaba a haber un allanamiento del ejército, esas drogas podrían traermé problemas. Imagínese el susto... así que saqué todo y lo tiré en un pozo que había en el campo. Y él tuvo razón. A los pocos días llegaron, revisaron todo y rompieron lo poco que quedaba".

Pero no todos son malos recuerdos para Lilia. Hay muchos buenos y también algunos divertidos. *"Antes el régimen de la farmacia era muy estricto, había que estar todo el día y estar siempre pendiente por si alguien necesitaba algo. Una noche, bien tarde, golpean la puerta desesperadamente, como si pasara algo grave. Me levanté, fui hasta la entrada y cuando pregunté quién era, me respondió: 'Soy yo señorita'. Uno de mis alumnos. ¿Y qué era lo que necesitaba tan urgente? Talco. Sí, talco. Porque estaban festejando el carnaval y aquí se usa mucho tirarse talco. Y ¿qué iba a hacer? Abrí la puerta y se lo vendí".*



Farmacia del Pueblo, de Martín Corrales.

BUENOS AIRES

De la gran aldea



Estación Constitución, en 1875. (Cristiano Junior, AGN)

BUENOS AIRES

a la ciudad

Sofocada la segunda invasión inglesa de Buenos Aires, en 1807, el virreinato del Río de la Plata se encamina a experimentar cambios vertiginosos. Eran tiempos de enorme movilización popular, que tendrían su punto culminante en las jornadas de mayo de 1810. Las invasiones, las luchas por la independencia, las guerras contra Brasil y Paraguay y las revoluciones internas orientaron la medicina de entonces hacia la patología externa y la cirugía y los cuerpos médico-farmacéuticos estaban abocados principalmente a las necesidades castrenses.

Según los primeros historiadores de la medicina argentina (Nicanor Albarelos y Pedro Mallo) tanto en la enseñanza como en el ejercicio de la medicina interna predominaba el empirismo clínico, es decir, el método de prueba y error. La lentitud de las comunicaciones con Europa dificultaba la llegada a Buenos Aires de los progresos que se estaban gestando, sobre todo en la Escuela Médica de París. Todavía no se conocía la invención del estetoscopio ni la técnica de la auscultación torácica.

Con la Revolución de Mayo triunfante, el Proto-

medicato seguía funcionando con el reglamento aprobado por la corona española. La Junta de Gobierno dispuso reorganizar el Protomedicato el 6 de junio de 1811, creando un tercer congreso para integrarlo, cargo que recayó en una personalidad notable de la medicina argentina: el doctor Cosme Mariano Argerich. Por su parte, Miguel O'Gorman, que había presidido el organismo, visiblemente achacososo, es jubilado en 1816 y reemplazado por el doctor Justo García Valdés, quien en 1804 ya había integrado la Junta de Sanidad, con O'Gorman y Argerich.

Argerich fue el primer médico militar y uno de los más destacados impulsores de la creación del Instituto Médico Militar y de la enseñanza de la medicina en el país. Había participado activamente en las invasiones inglesas y en el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810. Primogénito de 17 hermanos, nació en Buenos Aires en 1758. Después de completar su educación básica fue enviado a España a estudiar medicina en la Universidad de Cervera, donde se doctoró en 1783. Pronto se destacó ejerciendo su profesión en Barcelona y en 1791, la Academia de Medicina de esa ciudad lo



Panorámica de Junco y Libertad. (AGN)

nombró académico correspondiente. Regresó al país en 1784 y fue nombrado médico del Colegio de Huérfanos. Poco tiempo después, se convirtió en el primer examinador del Protomedicato.

En Buenos Aires tuvo activa participación en los brotes de viruela declarados en 1794 y 1796. En 1801 publicó un artículo en el Telégrafo Mercantil donde recomendaba recurrir a la acción benéfica de la inoculación antivariólica.

Asumió, en 1802, como catedrático de medicina en carácter de sustituto, y como "Protomédico General y Alcalde Mayor de todas las facultades de Medicina, Cirugía, Farmacia y Phlebología".

En 1812, con Luis Chorroarín y Diego Zavaleta, se ocupó de componer un plan de estudios generales y de educación pública, que resultó impracticable. Entonces se le encomendó que proyectara otro más reducido, limitado sola-

mente a los estudios médicos, que la Asamblea General Constituyente aprobó para la Facultad Médica y Quirúrgica en 1813. A solicitud de la misma Asamblea, presentó las modificaciones necesarias para transformar la Facultad Médica en otra institución de urgente necesidad en aquel momento, a la que se conocería como "Instituto Médico Militar", y cuya creación se registra el 13 de marzo de 1813; en ese mismo año Argerich fue nombrado en la cátedra de

Clínica Médica. Según el reglamento del Instituto, que funcionó hasta 1821, su papel esencial debía ser "estimular a los profesores de la Facultad Médica en el ejercicio de sus importantes tareas y el de ordenar el mejor servicio de los ejércitos de la Patria". Años más tarde, en cumplimiento de este mandato, Argerich proveyó a San Martín de los insumos médicos y sanitarios para las campañas libertadoras a Chile. Víctima de un ataque, falleció

Otras historias

Ayuda para el servicio postal

Entre los numerosos aportes de la farmacia ajenos a la actividad específica, hay uno no muy recordado: el de prestar asistencia desinteresada para impulsar el desarrollo del correo.

El servicio postal inicialmente era abonado por el destinatario, lo que a todas luces resultaba de práctica difícil: eran necesarios numerosos agentes dispuestos a cobrar por la carta que entregaban (en el supuesto de que lograran hacerlo), había que establecer mecanismos de seguridad para que el traslado de la recaudación llegara a destino y muchas veces había que lidiar con la oposición del remitente a aceptar una correspondencia que no esperaba o no había solicitado, lo que en ocasiones generaba agrias disputas.

Recién en 1874 se estableció que fuera el remitente el responsable del franqueo, mediante sellos que se colocaban como constancia de pago con la palabra "franca". Los sellos postales habían sido adoptados por la Confederación Argentina en 1858, emitiendo las primeras es-

en Buenos Aires, el 14 de febrero de 1820.

En esos años iniciales del siglo XIX y por influjo de lo que venía sucediendo en España, empieza a plantearse en el Río de la Plata la necesidad de separar la actividad médica de la farmacéutica, iniciativa muy resistida por entonces en algunos sectores del reducido mundo científico. En 1805, dos boticarios de destacada actuación en esa Buenos Aires de fin de la colonia, el catalán Narciso Marull —sobrino de Francisco Salvio Marull y heredero de su farmacia, desde cuya azotea se hostigó a los ingleses durante las invasiones— y Diego Marengo crearon, a pedido del virrey Sobremonte, una Junta Gubernativa de Farmacia, con la finalidad de asumir el gobierno de la profesión, la inspección de boticas y la enseñanza de la actividad. También se sumaron a esa junta los farmacéuticos Manuel Hermenegildo Rodríguez y Santiago Roberge. Marengo era un boticario italiano que había llegado al Virreinato en 1780 y que había instalado su farmacia en la calle del Rosario (actual Venezuela), mientras que Rodríguez atendía la suya en la calle Victoria (Hipólito Yrigoyen) 146 y Roberge, en Perú 83. Rodríguez y Roberge fueron los únicos

dos farmacéuticos a los que se les concedió un asiento en la Academia de Medicina de Buenos Aires, inaugurada el 18 de abril de 1822.

Tal vez por el hecho de que por entonces había pocas boticas en la ciudad y menor aún cantidad de profesionales, estos farmacéuticos no se proponían crear un colegio de farmacia independiente, sino establecer una cátedra de la materia y una junta examinadora separada del Protomedicato e integrada por uno de los miembros de ese organismo, pero la ejecución de la iniciativa quedó en suspenso a raíz de las invasiones inglesas.

Años después, en 1813, el boticario Juan Bravo presentó a la Asamblea Constituyente un proyecto que proponía la urgente separación de la actividad farmacéutica, que seguía bajo la tutela de los médicos, lo que abrió un interesante debate científico en la gran aldea. Los médicos del tribunal rechazaron con buena dosis de sorna la propuesta, alegando que "ningún boticario de Buenos Aires puede ignorar que nunca alguno de ellos supo un solo canon de química hasta que un médico la comenzó a enseñar..." y afirmaron que en Buenos

Aires, ninguno de los catorce boticarios existentes había aprendido su oficio de otra forma que no fuera "sirviendo a sus patrones como mancebos". El documento lleva las firmas de los doctores O'Gorman, Fabre y Cosme Argerich, quien años más tarde admitiría su equivocación.



El colegio San José, en Cangallo y Azcuénaga, en 1875. (Cristiano Junior, AGN)

Pero los dimes y diretes no quedarían allí, ya que la obstinación de Bravo dejó abierta la discusión. Intervino, entonces, el doctor Pedro Ignacio Rivera, el primer médico que presentó un informe favorable a la autonomía de la farmacia, que no logra aplicarse, pero que suma dos nuevos adherentes: los doctores Juan Madera y Mariano Vico. Madera sostenía que "ni al médico se le enseña el arte farmacéutico ni al

farmacéutico el arte médico" y Vico, todavía más vehemente, asegura que la subordinación de los farmacéuticos al Tribunal del Protomedicato es "perjudicialísima". "El médico circunspecto y juicioso -dice Vico- sólo debe contar con la probidad y el conocimiento de los boticarios; lo demás sólo está bien a los charlatanes

que a la cabecera del enfermo dan a probar las medicinas que recetan para alucinar a los que observan sus operaciones y echarle la culpa a la medicina cuando el enfermo muere..."

La primera referencia expresa sobre la organización de la farmacia en Buenos Aires data del 9 de abril de 1822. Se trata del documento "De la Farmacia y profesores de ella"

tampillas conocidas con el nombre de "Barquitos". Con el sello postal a nivel nacional se hizo necesaria la implementación de buzones, que estaban ubicados en lugares cerrados para preservar en mejores condiciones la correspondencia.

De los primeros cinco buzones instalados ese año, dos estaban ubicados en farmacias: uno en la botica de la ya desaparecida Plaza Independencia —en terrenos ocupados en la actualidad por la avenida 9 de Julio, entre Moreno y Belgrano— y el otro en la oficina que regentaba un boticario en la Plaza Temple, ubicada en las actuales Suipacha y Viamonte. Los otros tres buzones habían sido alojados en las estaciones ferroviarias de Plaza del Parque (actual Plaza Lavalle) y Once de Septiembre (actual Plaza Miserere) y en la Ayudantía del Puerto, en el Paseo de Julio, actual Leandro N. Alem.

Hacen pocos días que una persona trajo de Europa algunas docenas de tarritas de una pomada cuya fama es inmensa en Francia y se hará pronto universal.

Esta pomada es inmejorable para combatir todas las afecciones de la piel, empuña, arañado, alcaza, almona, calabrilla, eczema, herpes, lepra, sarna, etc., etc.

Se llama *Pomada específica Carré*, del nombre de su inventor, distinguido farmacéutico francés. Se encuentra por menor en la acreditada botica Ricard, esquina Maipo y Temple.

El señor D. G. B. Loubet, Piedad 1078, recibe órdenes y está encargado de la venta por mayor de este precioso remedio.

Aviso publicado en El Mosquito, 7 de abril de 1878.

dispuesto por las autoridades de la Universidad porteña, establecida un año antes, a través de un decreto firmado por el ministro Bernardino Rivadavia. El departamento de Medicina de la casa de estudios se convirtió así en el heredero del Instituto Médico Militar, y el hijo de Cosme Argerich, Francisco, fue uno de sus profesores más destacados.

El documento mencionado previamente constituye el primer cuerpo de legislación de la actividad farmacéutica argentina, en el que se reglamenta todo lo referente a su ejercicio y funcionamiento.

Se había establecido que la farmacia quedaba incorporada a la escuela de medicina formando sus profesores "un solo cuerpo con los de medicina". El ejercicio de la profesión debía efectuarse con título habilitado y registrado por el Tribunal de Medicina, principio que se mantuvo a través del tiempo. También se creaba el cargo de inspector de farmacia, "elegido a pluralidad relativa de votos de los profesores farmacéuticos presidiados por el tribunal de medicina, el que espidirá el nombramiento correspondiente".

El servicio del inspector de farmacia era gratuito y sus funciones, además de integrar como examinador tribu-



nal de medicina y colaborar con el médico de policía, residían en el control de los medicamentos, la inspección de las boticas y la vigilancia del ejercicio legal de la profesión.

Las boticas eran inspeccionadas anualmente por una comisión compuesta por un miembro del tribunal, que la presidía, por el médico de policía, el inspector de farmacia, un farmacéutico nombrado por el tribunal y el secretario de éste. También se estableció la prohibición de vender en las boticas

nada que no fuera medicinal y se dispuso que las droguerías sólo estarían autorizadas para la venta de medicamentos simples al por mayor.

La revolucionaria normativa le exigía al farmacéutico residir en la propia botica y le prohibía tener más de una. En caso de ausencia sólo podría ser reemplazado por un profesor habilitado. También se prohibió ejercer simultáneamente la farmacia y cualquier otra actividad relacionada con la atención de la salud.

Hacia el 13 de junio de 1822, el Tribunal de Medicina, presidido por el doctor Juan Antonio Fernández, consigna que los "profesores de farmacia" habilitados para el ejercicio de la profesión en Buenos Aires son los siguientes: Juan Bravo; Antonio Ortiz Alcalde; Manuel Rodríguez; Diego, Julio y Carlos Marengo; Esteban Señorans; Diego Gallardo; Narciso, José y Tomás Marull; Antonio Miró; Tomás Whitfield; Gabriel y Gabriel Felipe Piedra Cueva; Hilario Amoedo; Juan J. Bosch; Epifanio Portela; Pedro Ramón Zagari; Hermenegildo Pina; Pedro Fuentes; Santiago Roberge, y Martiniano Passo. Unos días más tarde se verifica el pedido de licencia para abrir botica de Samuel Bishop y de Enrique Zenkrin.

Lo Franco Inglesa, ya en su tradicional esquina de Sarmiento y Florida. (AGN)



Otras historias

Un boticario ejemplar

Humberto Ceferino Vera ha sido uno de los tantos boticarios ejemplares de nuestro país. Y los viejos pobladores de Luján de Cuyo, en Mendoza, pueden dar fe de ello.

En 1911, junto con dos de sus amigos más entrañables, José Abella y Arturo Lerena, reunieron una buena cantidad de libros y decidieron crear la primera biblioteca del pueblo.

Los tres amigos no sólo aportaron los primeros ejemplares: sino que también se hicieron cargo del alquiler del local en donde funcionaba la biblioteca y del pago del salario de un empleado.

Años más tarde, Abella y Lerena fallecieron, de manera que el sostenimiento de la biblioteca popular de Luján de Cuyo quedó bajo la exclusiva responsabilidad del farmacéutico Vera, que a lo largo de toda su vida siguió aportando libros para su fondo bibliográfico.

El primer inspector nombrado de acuerdo con la flamante reglamentación fue el británico Tomás Whitfield, quien desempeñaría el cargo muy brevemente, entre 1824 y 1825, año en el que lo reemplazó Manuel Rodríguez, a la sazón miembro fundador de la Academia de Medicina.

Además de ser el primer boticario británico en el Río de la Plata, Whitfield fue un próspero ganadero y filántropo y financió la construcción de los primeros dos templos no católicos de la ciudad: las iglesias de St. John's (anglicana) y de St. Andrew's (presbiteriana). Hacia 1826 tenía su botica instalada en la calle Catedral (actual San Martín) 94. En agosto de ese mismo año consta la compra, en 55.000 pesos, de la imponente residencia que Mariquita Sánchez ocupaba en un predio de 10 manzanas delimitado por las actuales Callao, Libertad, Quintana y Libertador.

En cuanto al primer examen de boticario ante el Tribunal de Medicina, corresponde al ciudadano francés Francisco Chomet, que se había diplomado en la Escuela de Farmacia de París, y que fue examinado y aprobado el 27 de junio de 1824. El acta correspondiente, que reproducimos por su valor documental, expresa textualmente:

"En 27 de junio de 1824, reunidos los señores que abajo suscriben para hacer exámen probatorio de farmacia a Mr. Francisco Chomet, que presentó diploma de profesor en otra facultad dado por la escuela de París en 6 de Mayo de 1819, y habiendo presentado el sulfurato de potasa y el óxido de mercurio rojo, que por decreto del tribunal preparó bajo la conducta del inspector de farmacia, los que habiendo sido examinados se reconocieron en buen estado. Se le hicieron diferentes preguntas a las que contestó bien y en consecuencia fué aprobado. Juan Antonio Fernández. Manuel Moreno, T. Whitfield. Baldomero García, Secretario."

Cabe consignar que por entonces los médicos y farmacéuticos extranjeros sometidos a examen por el Tribunal podían rendirlo en su propia lengua, circunstancia que ponía en situación desventajosa a los miembros del tribunal, que aunque se valían de un intérprete, tenían limitada su capacidad de evaluación. Esta práctica se suspendió en enero de 1826, a partir de lo cual los aspirantes al título debían exponer sus conocimientos en castellano.

Según las actas de aquellos años, no siempre los examinadores eran rigurosos a la

Farmacia y Droguería Chocabuco, situada en Europa (actual Carlos Calvo) 680-700, en 1857. (AGN)



hora de poner a prueba los conocimientos de los aspirantes a boticarios. Murray cita, entre otros, el caso de un alumno que al preguntársele qué es la farmacia, respondió: "una botica donde se despachan remedios". Aunque las otras respuestas del atribulado aspirante mantenían la misma pobreza, de todos modos obtuvo su licencia para ejercer la profesión.

El Tribunal de Medicina cesó en sus funciones cuando en 1852 fue creado el Consejo de Higiene Pública.

Lugares de encuentro

Un rasgo característico de las boticas pioneras era su ubicación preferentemente en esquina, casi siempre cercanas a una iglesia, de manera que quien quería procurarse remedios debía guiarse por el campanario del templo más cercano.

Aunque hubo unos cuantos aventureros y otros tantos charlatanés, los boticarios del siglo XIX generalmente eran personajes de vasta cultura que gozaban de muchísimo reconocimiento, circunstancia que en muchas oportunidades les sirvió de plataforma para la actividad política y la función pública.

Las farmacias no sólo cumplían su objetivo primario; al mismo tiempo, eran verdaderos centros culturales o usinas políticas. En sus instalaciones eran infaltables las tertulias, en las que se reunía lo más granado de la sociedad. Aprovechando sus conocimientos y los materiales a su alcance, era frecuente que el boticario convidara a sus invitados con bebidas espirituosas elaboradas en la misma botica o con mezclas de su invención. De hecho, el cocktail es un invento de un boticario de Nueva Orleans que acostumbraba a sorprender a sus invitados agregándole a las bebidas



Aviso publicado en La Nación el 21 de noviembre de 1892.

algunas de las hierbas o condimentos.

Quizá la tertulia de mayor renombre en el Buenos Aires del 1800 haya sido la de la botica de Hilario Amoedo, instalada en 1818 en la esquina noreste de Monasterio y Parejas (actuales Independencia y Tacuari), haciendo cruz con la Iglesia de la Concepción. Según el historiador Francisco Cignoli, la tertulia de la botica de Amoedo reunía, además de hombres eminentes de la cultura, a grandes precursoros de la medicina argentina, como los doctores Almeyra, Álvarez, Montes de Oca, Bosch, Cuenca, Rawson, Martín García, Albarellos, Portela, Alcora, Drago, Malaver, Larrosa, Gallardo, Aráoz, Blancas, Baca, Mallo, Pirovano, Wilde, Güemes y muchos otros.

Cuando don Hilario falleció, en 1855, se hizo cargo de la farmacia su hijo Rafael, nacido en 1820 y graduado en 1842, quien practicó la profesión durante 67 años consecutivos, hasta su muerte, en 1909. Con Rafael también trabajó su hermano, Felipe, pero al parecer no por mucho tiempo, dado que en 1864 aparece en la Guía de Forasteros de Antonio Pilla do regentando una botica en la calle del Buen Orden

Farmacia J. Patiño Gómez, en la esquina de Moreno y Pichincha. (AGN)



(actual Hipólito Irigoyen) 536. A la muerte de Rafael, la farmacia quedó en manos de su hijo, colega y socio, Manuel Amoedo, dándose el caso, poco común, de que al cumplir un siglo de su instalación la farmacia no había dejado de ser de la familia. En un artículo publicado en La Razón en 1915, Pastor Obligado describía la botica de la siguiente manera: *"Tan limpia como tacita de plata, estando ni pasante alguno llegó a levantarse con sinapismo pegado en la sentadera... ni mancebo novato despachó emético o veneno por distracción, con matinales devotas en la parroquia..."* Hacia 1915 la farmacia estaba regentada por los farmacéuticos Salvador y Scardovi.

En la década de 1930 el negocio fue adquirido por el idóneo Francisco Boquete, que lo trasladó a la vereda sudeste de la misma esquina, utilizando el mismo mobiliario. La farmacia fue rebautizada Tacuarí y en 1956, cuando Jorge Boquete, hijo de Francisco, se graduó de farmacéutico, se incorporó a la actividad. El local de la vieja farmacia sufrió una nueva mudanza, esta vez obligada, cuando la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires la expropió para llevar adelante el ensanche de la avenida Inde-

pendencia, instalándose a pocos metros, en Independencia 980. La farmacia Tacuarí, que sigue bajo la propiedad y dirección técnica de Jorge Boquete, es la más antigua de la ciudad, más aún que la que suele presentarse como tal: la histórica farmacia La Estrella.

Otra de las farmacias pioneras en el Buenos Aires de comienzos del siglo XIX fue la de Edmundo José Cranwell, un irlandés que había sido autorizado a ejercer la actividad por el tribunal de medicina en noviembre de 1825.

Cranwell, que fue fundador con Samuel Bishop de la Farmacia Argentina, instaló su botica en 1826 haciendo cruz con la Cathedral.

La oficina adquirió renombre, atraía la mejor clientela y reunía una tertulia distinguida y selecta. Las primeras reuniones de la Asociación Farmacéutica Bonaerense se verificaron en el domicilio de don Bartolomé Marengo, en Suipacha 176; pero, luego, accediendo al ofrecimiento de Cranwell, se celebraron en una sala de su establecimiento farmacéutico de Reconquista 68.

El apellido Cranwell está muy ligado a la actividad farmacéutica en el Buenos

Aires del 1800, no sólo por la actividad desplegada por Edmundo José sino también por otros integrantes de su familia: Edmundo Eduardo, Daniel, Guillermo y Guillermo Antonio. El primero de ellos regentaba la Nueva Farmacia Inglesa, ubicada en Victoria (Hipólito Irigoyen) 147, mientras que Guillermo había instalado botica en la calle Rivadavia, al lado de la suntuosa peluquería de Francisco Navarro, de la que eran clientes asiduos los personajes más destacados de la sociedad.



Aviso publicado hacia 1870.

Además de la actividad específica, a Guillermo Cranwell se le reconoce el invento de un elemento que perduraría a través de los años: el pomo de carnaval. Hasta entonces, los festejos de carnaval se celebraban en Buenos

Aires con bailes, música y la consabida costumbre de arrojarse agua, en la que se utilizaban todos los elementos al alcance, jarros, cacerolas y cuanto recipiente se encontrara a mano. Había quienes vaciaban huevos y los rellenaban con agua perfumada, generalmente suministrada en las boticas, o con otros líquidos de incierta procedencia, si el destinatario del ataque no era precisamente un amigo. Y no faltaron tampoco las jeringas, que hombres y mujeres disimulaban entre los pliegues de la ropa. Hasta que en 1870, el mismo año que Bartolomé Mitre fundaba La Nación, Guillermo Cranwell decidió comenzar la fabricación y venta en su botica de los pomos que llevaban su apellido y que con el correr del tiempo se hicieron famosísimos.

El fundador de La Estrella

Otra farmacia fundada en tiempos de Rivadavia fue la del ilustrado farmacéutico piemontés Carlos Ferraris, traído al país con otros hombres de ciencia: el médico y físico Pedro Carta, Mossotti, Alejandro Sacks, entre otros.

Ferraris ayudó en la catedral a Carta y auxilió a

Mossotti en el Observatorio Astronómico, situado en los altos del Convento de Santo Domingo. Su llegada al país obedeció a los buenos oficios de Pedro Carta, que el 19 de abril de 1825 le había escrito a Rivadavia: *"Otro paisano que deseo llevar conmigo si V. M. consiente, es un boticario, amigo mío, desde la juventud; sujeto muy recomendable, principalmente por la calidad de su corazón, y que me sería su compañía muy agradable; sea en el gabinete de física, sea en el laboratorio de química, necesitaré una persona que me ayude en hacer las preparaciones y las experiencias, y ese amigo Ferraris es ahora ocupado en una botica en Bruselas; es el mejor ayudante que yo pueda desear. Si no recelara de abusar de la bondad de V. M. quisiera rogarle de acordarle el paso gratis conmigo en el barco, y de nombrarle en llegando allá, conservador del gabinete de física, y mi asistente en el laboratorio de química".*



Aviso publicado hacia 1890.

Otras historias

Homenaje en el Boul Mich

En París, hay numerosos lugares asociados a la historia de la Farmacia. Uno de ellos está en pleno barrio latino, en el Boulevard Saint Michel, o Boul Mich, como les gusta llamarlo a los parisinos. Se trata de un monumento erigido en honor de Pierre-Joseph Pelletier y Joseph-Bienaimé Caventou, los descubridores de la quinina.

Ambos farmacéuticos pertenecían a familias dedicadas a la profesión. Pelletier (1788-1842) era nieto de un maestro farmacéutico, e hijo de Bertrand, maestro en Farmacia y miembro de la Academia de Ciencias. En el caso de Caventou (1795-1877), su padre era farmacéutico del Ejército, destinado en el Hospital Militar y fue allí donde su hijo comenzó los estudios de Farmacia.

En su establecimiento de la calle Jacob, Pelletier encaró la tarea de extraer sustancias activas de diferentes vegetales y comenzó con la ipecacuanha de la que extrajo un principio vomitivo que luego recibió el nombre de "emetina". Años más tarde, en 1920, él y Caventou lograron aislar la quinina, fundamental para el tratamiento contra la malaria.

Ferraris y Carta tienen un lugar privilegiado en los orígenes de la ciencia argentina. Ambos fueron los impulsores del Gabinete de Física, la institución pionera en la enseñanza e investigación de las ciencias físicas en el país. Ferraris se había graduado de farmacéutico en 1817, en la Universidad de Turín. Su pasión por la actividad científica estuvo acompañada por la actividad política. Su participación en un fallido levantamiento militar en Torino, en 1821, terminó con su detención. Acusado de "revolucionario", se lo condenó a 15 años de prisión, pero pudo huir, refugiándose primero en España y más tarde en Francia. Sin embargo, no permaneció mucho tiempo allí, ya que el gobierno gallo lo expulsó, por lo que emigró a Bruselas (Bélgica), donde abrió una botica. Fue entonces cuando recibió la invitación de Carta para viajar a Buenos Aires a tomar la dirección del Gabinete de Física, designación que contaba con la bendición de Rivadavia.

Arribaron a la Argentina en abril de 1826. Ferraris, por decreto presidencial, fue designado encargado del Gabinete de Física y Química, y conservador de los objetos de la Sala de Historia Natural. Inicialmente, también ayudó a Carta en

la instalación del Observatorio Astronómico, que funcionó en el convento de Santo Domingo, al igual que el Gabinete y el Museo. Fue en este último donde Ferraris concentró su labor. El Museo, nacido bajo el auspicio de Rivadavia en 1812, y formado con la base de las colecciones del padre Bartolomé Muñoz, nunca había podido funcionar efectivamente, por lo que fue Ferraris su verdadero impulsor y mentor. Además, era un eximio taxidermista y conservador de un amplio número de los ejemplares que poblaban el Museo.

En 1828, el piemontés elevó al gobierno un informe sobre la cantidad y el estado de las piezas que constituían las colecciones de zoología y de mineralogía, en la que se incluía un grupo de 720 minerales clasificados, traídos de Francia. Ese informe permitió a Pedro de Ángelis, desde la "Crónica política y literaria", alabar la actuación de Ferraris y la buena salud que ya tenía la novel institución: *"De todos nuestros recientes establecimientos, el que fijará algún día la atención de los extranjeros, así como hoy excita poco la de los nacionales, es el Gabinete de Física y de Historia Natural que se aumenta silenciosamente en el Convento de*

Santo Domingo (...). El Museo de que hablamos se debe en gran parte al celo de los señores Carta y Ferraris." Como director de la institución, Ferraris tuvo el privilegio de conocer y trabajar con dos grandes naturalistas: Alcides d'Orbigny y Charles Darwin, quien tuvo un paso fugaz por la Capital de la Confederación.

Paralelamente a esta actuación pública, Ferraris revalidó su título profesional, y abrió una farmacia en la vieja calle Reconquista (actual Defensa), frente al Convento de Santo Domingo: La Estrella. En 1829, también debió integrar las milicias de extranjeros, empujado por los sucesos políticos internos. En este papel, llegó a ser teniente del batallón de los Amigos del Orden.

En 1834, integró una comisión de farmacéuticos, que presidía Cosme Argerich, que debía constituir la Junta Superior Gubernativa de la Facultad de Farmacia. Al mismo tiempo, continuaba su labor a cargo del Museo de Historia Natural, aunque la llegada de Rosas al poder significó una reducción presupuestaria que puso en riesgo la continuidad de la institución. Ferraris, en disidencia, presentó su renuncia, en marzo de 1836, que no fue aceptada por



La farmacia Demarchi, fundada en 1836. (AGN) ►



▲ Imagen actual de la histórica farmacia La Estrella y detalles de su mobiliario.

las autoridades. Sin embargo, Ferraris no estuvo dispuesto a dar marcha atrás, y, argumentando razones particulares, logró que le concedieran licencia para viajar a Italia, por un plazo no mayor de 18 meses.

Antes de partir, tomada ya la decisión de no retornar nunca más a la Argentina, Ferraris obtuvo el título de Profesor de Farmacia. También vendió su botica al industrial y comerciante italiano Silvestre Demarchi y logró que el gobierno de Italia lo indultara. A su regreso llevó numerosas cajas, repletas de animales vivos y embalsamados, que donaría al Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de Turín. También creó en Graglia (en el Piemonte) el Museo Argentino, dedicado a la zoología y mineralogía rioplatenses.

Demarchi fue quien le incorporó droguería a la farmacia La Estrella, que terminó siendo una de las más grandes de Sudamérica. Continuaron el negocio sus hijos Antonio, Demetrio y Marcos, con la colaboración de un farmacéutico también ilustre: Pedro Saroli, quien más tarde ejercería la actividad en el pueblo de San Nicolás de los Arroyos. La Estrella fue un verdadero emporio y

además de la afamada botica y la droguería, instaló varias sucursales en el resto del país. En ese crecimiento participó activamente el doctor Domingo Parodi, cuya incorporación en la sociedad hizo que la razón social girara durante muchos años como Demarchi, Parodi y Compañía.

Además de un científico notable, Parodi fue un eximio flautista. Había nacido en Génova en 1823 y cuando tenía 10 años llegó con su familia a Montevideo, donde siguió la profesión paterna y se graduó de farmacéutico en la capital uruguaya a los 20



años. Por entonces, integraba también una orquesta que actuaba en el Teatro San Felipe.

En 1855 se trasladó a Asunción del Paraguay, donde fundó las dos primeras boticas de la ciudad, que más tarde donaría al gobierno, que debía hacer frente a los estragos de la guerra de la Triple Alianza. En ese país, y a partir de 1858, comenzó su obra científica. Recopiló sus observaciones sobre plantas potencialmente activas que fueron publicadas a partir de 1859 en la Revista Farmacéutica de la República Argentina.

En 1869, de regresó a Montevideo, se desempeñó como gerente de la firma Demarchi Hermanos. En 1877 fue designado con el mismo cargo en la sucursal de Buenos Aires y dos años más tarde se incorporó como socio. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y académico de la Facultad de Ciencias Médicas.

En 1881 revalidó el título de farmacéutico en la Universidad de Buenos Aires y luego obtuvo el primer doctorado en Farmacia concedido por esa casa de estudios.

A su destacada actuación



Interior de una típica botica del Siglo XIX. (AGN)

universitaria se deben agregar alrededor de 35 trabajos originales de investigación, en su mayor parte publicados en la Revista Farmacéutica, y la redacción de un catálogo alfabético guaraní-castellano de las plantas indígenas o naturalizadas en el Paraguay, en cinco partes y publicado en la Revista Farmacéutica entre 1860 y 1862.

El 15 de noviembre de 1886 donó al rectorado de la Universidad de Buenos Aires dos mil quinientos pesos en bonos municipales para instituir el premio Félix de Azara al mejor trabajo sobre la flora y la fauna de la República Argentina, especialmente en sus aplicaciones a la medicina y a la industria. Actualmente, este premio

continúa vigente y sirve de estímulo a los jóvenes estudiantes argentinos que se inclinan hacia dichas orientaciones.

La notable actividad de Domingo Parodi fue continuada por su hijo Enrique, farmacéutico y abogado que llegó a ocupar la presidencia de la Sociedad Nacional de Farmacia entre 1903 y 1905.

En cuanto a los Demarchi, un aspecto poco conocido de ellos es el gravitante papel desempeñado por Antonio, nieto de Silvestre Demarchi, en la difusión del tango, en momentos en que la música ciudadana empezaba a causar furor en Francia, pero en la Argentina era despreciada por la aristocracia.

Curiosamente, fue este miembro de la nobleza italiana uno de los que logró interesar a la clase alta nativa en la música símbolo del país, al organizar, en 1912, una velada de gala en el Palais de Glace, acontecimiento que marcaría un punto de inflexión en el desarrollo de esa música.

Los Passo, una familia precursora

Otra farmacia muy acreditada en el siglo XIX fue la de Martiniano Passo (que a veces es citado como Pasos), fundada hacia 1820. Passo es uno de los participantes de las reuniones realizadas en la botica de Bartolomé Marengo que dio lugar a la fundación de la Sociedad Nacional de Farmacia, en 1856.

La investigación histórica sobre el papel de este notable farmacéutico tropieza, con frecuencia, con algunas confusiones, no solo porque su apellido aparece escrito de dos formas distintas sino también porque contemporáneamente tuvo destacada actuación un homónimo, su hijo. De manera que en muchas oportunidades la documentación que refiere a Martiniano Passo o Pasos no permite dilucidar de cuál de ellos se trata.

Por otra parte, en otras referencias de la época surge el nombre de Juan Passo, que no sería otro que Martiniano hijo, quien llevaba ése como segundo nombre.

En uno de los pocos documentos en el que aparecen ambos simultáneamente es durante la contribución filantrópica que los farmacéuticos de Buenos Aires decidieron llevar a la práctica para contribuir con las tropas argentinas embarcadas en la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870).

El acta de lo recaudado permite tener un listado más o menos completo de los profesionales actuantes en la ciudad por entonces. El detalle es el siguiente: Emilio Furque, 3.350 pesos en drogas; Cranwell, Murray y Cia., 1.154 pesos en drogas; Augusto Bonal, 500 pesos; Rodolfo Wolf, 500 pesos; Torres y Barton, 500 pesos; Toledo y Moine, 400 pesos en drogas; Carlos Imperiale, 400 pesos; Felipe Ardenaghi, 400 pesos; Tomás Lasarte, 400 pesos; Carlos Ceriana, 400 pesos; Masini y Cia., 400 pesos; French y Cia, 394 pesos en drogas; Hermenegildo Pina, 300 pesos; Juan Arizabalo, 300 pesos; Camilo Giovanelli, 200 pesos; Teófilo Banon, 200 pesos; Carlos Malvigne, 200 pesos;

A fines del Siglo XIX y comienzos del XX empezaron a verse las primeras mujeres al frente de farmacias. (AGN)



Otras historias

Colección perdida

La botica del hospital de San Mateo, en la española ciudad de Sigüenza, era algo especial con su colección de medicamentos, muebles, redomas, vasos, retortas, medidas, espátulas y morteros del siglo XVIII y una muestra de potes y envases de la mejor cerámica de Talavera. Gran parte de estos utensilios fueron expuestos en el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina, que se realizó en septiembre de 1935, en Madrid.

Ya de regreso en Sigüenza, la colección iba a ser embalada para trasladarla definitivamente al Museo de Historia de la Farmacia de la Universidad Complutense, cuando fue totalmente destruida por un bombardeo de las tropas franquistas.

PILDORAS HOLLOWAY

La maravilla de los tiempos modernos!

Este medicamento maravilloso de Holloway, conocido en los Estados Unidos, México, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Argentina y Brasil, es el más eficaz y seguro que se haya inventado para el tratamiento de la leucorrea. Este remedio, que actúa directamente sobre el útero, destruye el foco de infección y elimina los gérmenes que producen la enfermedad. No produce efectos secundarios y puede ser usado en cualquier caso de leucorrea, sea esta de origen bacteriano o fúngico. Cada caja contiene 10 pildoras. Precio: \$1.000. Se vende en todas las farmacias y droguerías.

UNGUENTO HOLLOWAY

Este es el más eficaz remedio para las enfermedades de la piel. Actúa directamente sobre el foco de infección y destruye los gérmenes que producen la enfermedad. No produce efectos secundarios y puede ser usado en cualquier caso de enfermedad de la piel, sea esta de origen bacteriano o fúngico. Cada caja contiene 10 ungüentos. Precio: \$1.000. Se vende en todas las farmacias y droguerías.

Este medicamento maravilloso de Holloway, conocido en los Estados Unidos, México, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Argentina y Brasil, es el más eficaz y seguro que se haya inventado para el tratamiento de la leucorrea. Este remedio, que actúa directamente sobre el útero, destruye el foco de infección y elimina los gérmenes que producen la enfermedad. No produce efectos secundarios y puede ser usado en cualquier caso de leucorrea, sea esta de origen bacteriano o fúngico. Cada caja contiene 10 pildoras. Precio: \$1.000. Se vende en todas las farmacias y droguerías.

Aviso publicado en El Mosquito, el 20 de enero de 1878.

Silvio Comelli, 200 pesos; Zenón del Arca, 200 pesos; Melitón Espinosa, 200 pesos; Isidro Neyer, 200 pesos; González Garaño, 200 pesos; Martiniano Pasos (h), 243 pesos en drogas; Felipe Amoedo, 200 pesos en drogas; Luis Soares, 250 pesos en drogas; Miguel Gallegos, 100 pesos; Botica Italiana, 400 pesos; Martiniano Pasos, 100 pesos en "drogas."

El apellido Passo tiene un lugar de privilegio entre los precursores de la actividad farmacéutica argentina, dado que Élida, hija de Martiniano Juan, fue la primera mujer que obtuvo ese título, en 1885. La joven, por entonces de 17 años, concurría a las clases acompañada por su padre, según consigna La Revista Farmacéutica en un artículo de 1882. La nota, titulada "Mujeres farmacéuticas", afirma: "Es un hecho: el bello sexo inteligente que desde hace algunos años a esta parte ha arrojado una mirada atrevida en el campo de la medicina, trata de ensanchar sus horizontes dedicándose a la farmacia" y señala que "el aula de farmacia de la facultad de Ciencias Médicas está favorecida por la asistencia asidua de una inteligente joven que, acompañada por su anciano padre, no pierde conferencia alguna".

Élida, además de Farmacia, cursó Medicina, carrera en la que inicialmente se le negó la inscripción, por lo que debió apelar a un recurso judicial para ser admitida, hecho que tuvo considerable repercusión en los medios de prensa. Aunque hay constancias de que retiró su diploma de farmacéutica el 18 de julio de 1885, no se conocen detalles de su actividad profesional. En cambio, sí hay documentación que registra su paso como practicante interna en el hospital Rivadavia.

En 1887, Élida, que tenía una salud extremadamente frágil, figura inscripta en 5º año de medicina y en 1890 consta la denegatoria de las autoridades a que rinda su examen final. Nada más se sabe de ella hasta que el 7 de marzo de 1893, a los 26 años, murió víctima de la tuberculosis en la casa familiar de Centroamérica (actual Pueyrredón) 942. Dos años después moriría su padre, víctima de la misma enfermedad.

Casi medio siglo después, en 1945, el director cinematográfico Francisco Mugica recrearía la vida de la mujer en la película "Allá en el setenta y tantos", protagonizada por Silvana Roth como Élida Passo y en la que también actúan

Carlos Cores, Virginia Luque y Mario Passano. La referencia temporal del título del film es engañosa, dado que los hechos que destacaron la actuación de la muchacha ocurrieron en los "ochenta y tantos".

Hubo, por supuesto, muchos otros farmacéuticos de nota que actuaron en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. Entre ellos no puede dejar de nombrarse al químico, farmacéutico y naturalista Carlos Imperiale, quien fue el primer profesor de historia natural en la Escuela de Farmacia de Buenos Aires, en 1863; el catalán Miguel Puiggarí, quien es considerado el gran propulsor de la Química en el país por su desempeño como catedrático durante 35 años; Daniel Kelly, que tenía la Botica Inglesa, en Suipacha entre Santa Fe y Charcas; Santiago Torres, con botica en Defensa 69, que luego sería la afamada Farmacia Gibson; Suárez, con la Botica del Cóndor de Oro, situada en la calle Corrientes a la altura de Esmeralda, donde fue aprendiz de farmacéutico Ignacio Pirovano; Estanislao Franco, propietario de la Botica del Mortero Dorado, ubicada en la calle del Buen Orden (actual Bernardo de Irigoyen) entre Chile e Independencia,



Florida y Diagonal Norte. (AGN)

y la Botica El Fénix (en las actuales Carlos Pellegrini y Lavalle), fundada por el joven farmacéutico y estudiante de medicina Miguel Gallegos, que más tarde tendría destacada actuación como cirujano en la guerra del Paraguay.

Ya en las postrimerías del siglo, más precisamente en 1892, se fundaría una de las casas más tradicionales de la ciudad: la Franco Inglesa, de Adolfo Neyer, establecida en un modesto local de la calle Cuyo (actual Sarmiento) 581. Un dato poco conocido de esta farmacia, de la que se escribieron cientos de artículos, es que con anterioridad a esa fecha Neyer había regenteado otra botica, conocida como "de Don Adolfo", en Moreno casi esquina Solís. El éxito de esa pequeña botica le permitió a su propietario arriesgarse a un local más céntrico, pese a que por entonces las perspectivas comerciales no eran promisorias, en gran parte debido al clima de agitación política reinante.

Neyer fue un verdadero maestro del "marketing", aunque por entonces el término no existiera: estableció la novedad del reparto a domicilio, atendido por un coche tirado por un par de caballos y que dos veces por semana

llegaba a lugares tan apartados de la ciudad como Flores o Belgrano. Simultáneamente, atrajo la atención de clientes y curiosos instalando en el pequeño local de ventas una gallina de lata que ponía huevos con golosinas, un vaporizador mecánico de perfumes y un empleado negro que repartía chocolates a los chicos que se asomaban al local, entre otras atracciones.



Aviso publicado en la Guía de Forasteros, en 1864.

La infaltable tertulia, tan tradicional en el Buenos Aires de entonces, era amenizada por un exquisito biter que por sólo diez centavos dejaba escapar un barrilito estratégicamente ubicado. El general Bartolomé Mitre, que por entonces dirigía La Nación desde su casa y oficina en la calle San Martín, era de los concurrentes habituales a esas charlas de mostrador.

El negocio continuó su crecimiento a un ritmo des-

mesurado, al punto que Eduardo Wilde lo llamó "nuestro primer Ministerio de Salud". Poco tiempo después, dos empleados de la farmacia, Paul Bardin, que se había iniciado como cajero, y Carlos Badaracco, que había ingresado como farmacéutico poco después de recibirse, constituyeron una sociedad y la firma pasó a sus manos. El modesto local de Cuyo tuvo varias ampliaciones, hasta que en 1920 fue ocupada la esquina de Sarmiento y Florida. En sus momentos de mayor esplendor la Franco Inglesa atendía 10.000 clientes por día y el reparto inicial efectuado en un solo carro terminó realizándose con una flota de 30 camiones. Pero para eso pasarían varios años, que serán motivo de otro trabajo.

Finalmente, otras farmacias imposible de soslayar, dado que permanecen en actividad y conservan su fachada original, son la Suiza, del farmacéutico F. X. Rothlin en 1890 en la esquina de Tucumán y Maipú, y la Farmacia del Águila, inaugurada por Pedro Tisano el 14 de junio de 1895 en Corrientes 4996/5000, en el barrio de Villa Crespo. Ambos establecimientos son dos de las pocas postales de la farmacia del siglo XIX que aún conserva Buenos Aires.

Calle San Martín, hacia el 1900. (AGN) ▶





▲ Calle Artes (actual Carlos Pellegrini), desde Arenales. (AGN)

Datos históricos

1810

Revolución de Mayo. Buenos Aires es sede de la Primera Junta de Gobierno. La población alcanza a 42.500 habitantes.

1819

Se demuele la Plaza de Toros.

1821

Se crea la Universidad de Buenos Aires. San José de Flores se constituye en partido.

1826

Se dispone la capitalización del municipio de Buenos Aires.

1852

Cae el segundo gobierno de Rosas. Secesión del Estado de Buenos Aires.

1853

Se sanciona la Constitución Nacional. Es demolido el fuerte. Comienzan a circular los primeros tranvías.

1855

Se crea el partido de Belgrano.

1857

El Ferrocarril del Oeste, primero del país, parte de la estación El Parque y llega a La Floresta, a 10 kilómetros.

1858

La Asociación Farmacéutica de Buenos Aires comienza a editar la Revista Farmacéutica, aún existente. Un inmigrante francés llamado Touan funda el café Tortoni.

1866

La ciudad está limitada por el arroyo Maldonado, el Riachuelo, el Río de la Plata, la línea de las actuales calles Córdoba, Medrano, Boedo, Castro Barros y la avenida Sáenz.

1869

Se inician las primeras obras de construcción de cloacas y provisión de agua potable.

1870

Bartolomé Mitre funda el diario La Nación.

1880

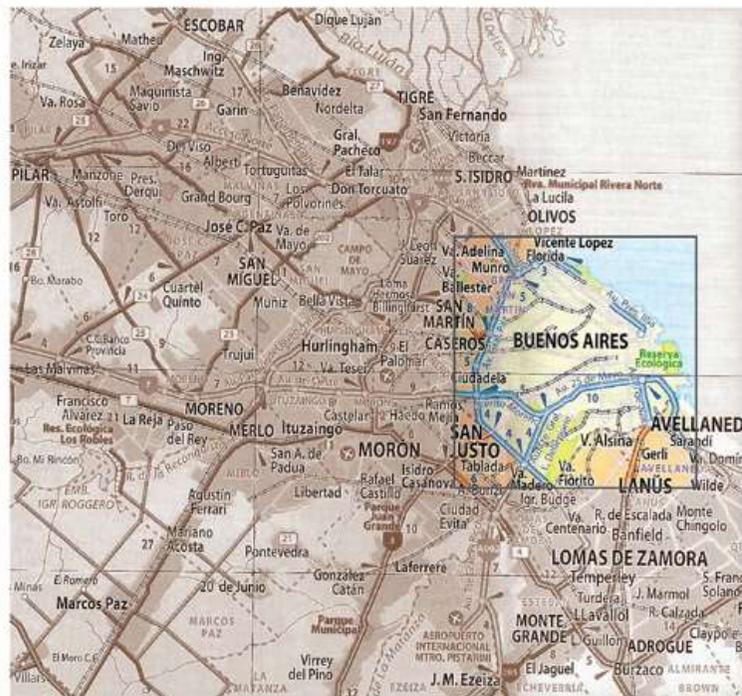
Federalización de la ciudad de Buenos Aires, capital Federal de la República.

1887

La ciudad ocupa unas 19.000 hectáreas. Se incorporan al territorio de la Capital los partidos de San José de Flores y Belgrano y una pequeña parte de los partidos de San Martín y San Isidro. Comienzan las obras del puerto, con el proyecto de Eduardo Madero.

1888

Apertura de la Av. de Mayo.



1889

Juan Buschiazzo diseña el trazado de Villa Devoto. Arriban a Buenos Aires, en el vapor Wesser, 129 familias oriundas de Podolia (Rusia), dando comienzo así a la primera inmigración judía en el país.

1893

La inmigrante francesa Berthe Gardes llega a Buenos Aires con su hijo de 3 años: Carlos Gardel.

1894

Se inaugura la Avenida de Mayo.

1895

Llega a Buenos Aires el primer automóvil, un Daimler importado por Dalmiro Varela Castex.

1897

Se inicia la instalación de alumbrado eléctrico en las calles.

1899

Nace Jorge Luis Borges en una casa de la calle Tucumán.

1900

Se demuele la torre del Cabildo y los tres arcos del lado norte. Se crea en la Facultad de Medicina de Buenos Aires el Museo Farmacológico, hoy Instituto de botánica y farmacología.

La epidemia de fiebre amarilla deja diezmada la ciudad

Es difícil de imaginar la sensación de desprotección que habrán experimentado aquellos porteños de 1871. Aunque muchos de ellos habían sobrevivido a otras dos calamidades públicas como habían sido las epidemias de cólera de 1867 y 1868, con cientos de víctimas, esto era peor, mucho peor. La muerte flotaba en el aire, invisible, sin que nadie supiera exactamente cómo enfrentarla.

Buenos Aires, aunque con 187.000 habitantes, todavía era una gran aldea. El casco urbano contaba con 19.000 viviendas censadas, de las cuales 2.300 eran ranchos de madera o de adobe y paja. La situación institucional también se mostraba compleja, coexistiendo el gobierno nacional, el de la provincia y el municipal. Por entonces, acababa de fundarse el Banco Nacional y la Compañía de Gas, se inauguraba el primer servicio de tranvías (de la Recoleta a la Plaza de la Victoria) y desembarcaba en manos de un marinero alemán un extraño instrumento musical que años después sería un emblema ciudadano: el bandoneón.

Las condiciones sanitarias eran precarias, y aunque ya empezaba a funcionar un rudimentario sistema de aguas corrientes, la mayor parte de la población se surtía de pozos o del propio río y, los que podían solventarlo, del aguatero.

El flujo migratorio, aunque todavía no había hecho eclosión, era superior al ritmo de construcción de las viviendas, por lo que muchos pobladores se las arreglaban en lúgubres casuchas o se apiñaban miserablemente en conventillos del Sur, donde las familias compartían sus cuartos con perros, gatos o gallinas, tal como describe Estrada en su libro "Viajes y otras páginas literarias". Algunos oportu-

nistas aprovechaban a hacer su agosto alquilando por las noches el piso del patio, dividido en fracciones del tamaño de una sepultura. Dice Estrada: "Algunos poseedores de la muerte arriendan lo que llaman 'cama caliente'. En la 'cama caliente' duermen sucesivamente tres o más personas que esperan a que les llegue el turno sentados en los umbrales. Si a esto se agregan los efectos de una mala alimentación y si al aire viciado y a la mala alimentación se añaden los efectos de los vestidos inadecuados a las estaciones o sucios, se convendrá en que cada uno de los conventillos de Buenos Aires es un taller de epidemias, el tálamo en el cual la fiebre amarilla y el cólera se recrean".

A fines de 1870, Paraguay, que pretendía emerger de la brutalidad de la guerra de la Triple Alianza, comienza a registrar numerosos casos de fiebre amarilla en la capital. La tragedia se traslada a Corrientes, donde en sólo seis meses muere el 20 por ciento de su población, de 11.000 habitantes.

A Buenos Aires comienzan a llegar los primeros veteranos de la guerra. El 27 de enero de 1871 se conocen tres casos de fiebre amarilla y desde entonces la epidemia no se detiene. Recién cuando se verifican 10 casos diarios del mal, las autoridades empiezan a admitir que se está en presencia de un brote epidémico. Aunque la noticia gana los diarios, la municipalidad no abandona los preparativos de los festejos de carnaval. El único aguafiestas parece ser el doctor Eduardo Wilde, que advierte sobre los peligros del brote.

Como una avalancha que crece a su paso, marzo empieza con 40 muertes diarias y el pánico se adueña de todos. La peste, que ya desbordaba los conventillos, extiende su demérita amenaza a las familias acomodadas del Norte. Y las

autoridades municipales deciden prohibir los bailes. Los diarios, con títulos catástrofe, dan cuenta de que el promedio de muertes diarias alcanza el centenar y el terror se apodera entonces de todos. Los que pueden se van a las afueras, incluido el presidente Sarmiento, que durante el apogeo de la enfermedad se trasladó en tres oportunidades a Mercedes. Los detractores del mandatario lo defenestran y sus seguidores lo explican: afirman que Sarmiento había alquilado la vivienda para reponer fuerzas, agobiado como estaba por las responsabilidades.

La situación es un verdadero caos: los hospitales están atestados de enfermos y el personal sanitario que decidió quedarse en la ciudad trabaja a destajo. Ni los coches fúnebres (la ciudad contaba con sólo 40) ni los sepultureros dan abasto. A fines de marzo los cadáveres se dejaban en ataúdes en cualquier esquina y los carros fúnebres los levantaban donde los encontraran. Días después, por falta de féretros, los cadáveres empiezan a ser dejados en las calles, en el mejor de los casos envueltos en sábanas. Como es de imaginar, en ese infierno ciudadano afloraron miserias y heroicidades. Se multiplican los saqueos y algunos delincuentes operan disfrazados de enfermeros para acceder más fácilmente a las casas en las que hay algún afectado.

El 4 de abril mueren 400 enfermos y el 15, el gobierno municipal ordena el desalojo de los conventillos. Como subyace la idea de que los pobres son los culpables de la enfermedad, muchos abogan porque se incendie las viviendas en las que se hacinaban. Mientras tanto, el cementerio del Sur (actual Parque Ameghino) agota su capacidad y la municipalidad decide comprar siete hectáreas en la Chacarita de los Colegiales para habilitar otro camposanto. Para subsanar el problema de la

Durante la epidemia, las farmacias que se mantuvieron abiertas permanentemente, con distribución gratuita de medicamentos a los pobres, fueron las siguientes:

- Botica Universal, de Luis Soula, en Perú 115.
- Botica de Espinosa y Kyle, en Florida y Tucumán.
- Botica del Parque, de Esteban Massini, en Plaza del Parque, actual Plaza Lavalle.
- Botica Inglesa, de Daniel Kelly, en Suipacha entre Charcas y Santa Fe.
- Botica de Miguel Puiggari, en Lima y Victoria (actual Hipólito Yrigoyen).
- Botica de Tomás Lasarte, en Belgrano entre Tacuarí y Buen Orden (actual Bernardo de Irigoyen).
- Botica Amoedo, en Tacuarí e Independencia.
- Botica San Telmo, en Comercio (hoy Humberto 1°) y Defensa.
- Botica de Hermenegildo Pina, en Rivadavia al 600.
- Botica de Domínguez, Plaza de la Libertad.
- Botica del Gallo, de Carlos Malvigne, en Rivadavia y Sarandí.
- Botica de Tiburcio Cortabarrí, en Barracas.
- Botica de Comello Antosso, en La Boca.
- Botica de Lorenzo J. Amorata, en San Cristóbal.



Óleo sobre la epidemia de fiebre amarilla, de Juan Manuel Blanes.

La epidemia de fiebre amarilla deja diezmada la ciudad

distancia, el ferrocarril Oeste tiene una línea de emergencia a lo largo de lo que hoy es la avenida Corrientes, solo para trasladar cadáveres.

El 9 de abril, cuando los decesos alcanzan a 501, las autoridades ofrecen a los porteños que aún quedan en la ciudad pasajes gratuitos para abandonarla, cosa que hacen las dos terceras partes de la población. Como muchos no tienen dónde alojarse, se les permite hacerlo en los propios vagones ferroviarios. La situación lo desbordaba todo. Al día siguiente, las defunciones llegan a 563, la actividad económica se desploma, se producen varias quiebras y los saqueos de las casas abandonadas no cesan.

Poco a poco las defunciones empiezan a disminuir, pero coincidiendo con el regreso de muchos evacuados, a fin de mes se produce un repunte de la enfermedad que provoca una nueva huida en masa.

En mayo la curva descendente se mantiene hasta que el 2 de junio no se registra ninguna muerte por el terrible flagelo.

En ese escenario desolador, en el que quedaron expuestas las conductas más diversas de la gente, hubo, además de cobardes, oportunistas y delincuentes, numerosos ciudadanos de comportamiento heroico. Entre ellos, por supuesto, varios agentes sanitarios que hicieron honor a sus obligaciones profesionales.

En esta epidemia murieron seis farmacéuticos: Zenón del Arca, Emilio Furque, Aurelio French, Luis Guíen, Hermenegildo Pina y Tomás Pina.

Zenón del Arca, cuyo nombre completo era José Zenón Máximo del Arca, tenía 51 años al morir, el 27 de marzo, en su casa de Defensa 307, que era vivienda y botica.

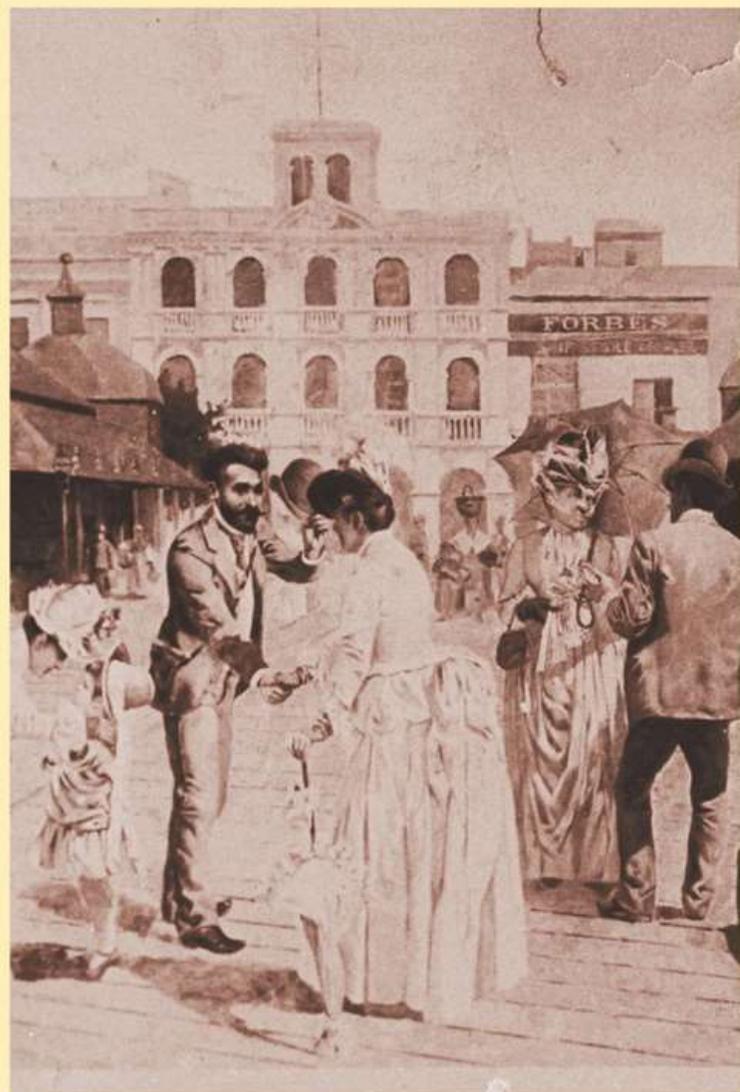
Unos días más tarde mueren su esposa, Saturnina Plá, y luego, dos hijos de la pareja: el recién nacido Zenón y Juan Ramón, de 12 años. La tragedia dejó huérfanos a 5 hijos menores de edad, el mayor de los cuales, Enrique, sería luego farmacéutico como su padre y médico prestigioso, galardonado como académico de medicina.

Luis Guíen, que presidió, como Del Arca, la Sociedad Nacional de Farmacia Argentina, pertenecía a la nobleza francesa y había llegado al país con el doctor Jean André Durand.

Aurelio French, hijo de Patricio Domingo Mariano French, uno de los héroes de la reconquista y miembro de la Primera Junta, era médico y farmacéutico. Murió el 9 de marzo de 1871, en la casa de Perú 491, a los 53 años. Su botica, muy acreditada, estaba instalada en Defensa y Comercio (actual Humberto I). Siete días después falleció su viuda, Justa Espinosa. El diario La Prensa consignó que la familia de French había perdido en la epidemia a 5 de sus integrantes.

Tomás Pina, por su parte, se había graduado de farmacéutico en 1853 en Buenos Aires, tras lo cual se trasladó a Rosario, donde en 1855 inauguró una botica y droguería. Tres años más tarde, fue elegido jefe de Policía y años después retornó a Buenos Aires, donde encontró la muerte durante la epidemia.

Con Tomás también falleció su padre, Hermenegildo, y varios otros familiares. Hermenegildo Pina había nacido en Montevideo, en 1800, pero desde joven vivió en Buenos Aires, donde se casó en 1826. Primero estableció su botica en la calle Federación (Rivadavia) 429 y luego en la misma calle, al 600. Fue vocal de la Sociedad de Farmacia.



Vieja ilustración del muelle de pasajeros.

Farmacias centenarias

La farmacéutica Selva Guiffrey contagia su entusiasmo cuando narra la historia de la Farmacia Villa Elisa. Y es que tiene más de un motivo de orgullo: la farmacia tiene ya más de 100 años y, por más de cincuenta, fue propiedad de su padre. El centenario establecimiento está frente a la plaza principal, en el centro de la ciudad de Villa Elisa, una población de la provincia de Entre Ríos que hoy cuenta con alrededor de 8.500 habitantes.

La farmacia fue fundada por el idóneo Juan Vercellino, aproximadamente en 1903. El edificio, el mismo que ocupa actualmente, se cree que fue construido antes de que se fundara el pueblo, en 1890. Y la botica debe de haber estado muy bien equipada, porque en el Anuario Informativo del Gobierno de la Provincia de Entre Ríos, de 1912, se publica la foto de la Farmacia Villa Elisa y se dice, justamente, que es un establecimiento que se destaca por sus modernas instalaciones.

Hoy, a pesar de las múltiples reformas, las paredes externas siguen siendo las mismas, de gran espesor y levantadas con ladrillos unidos con barro, y debajo de los cielorrasos se conservan las tejas originales. El mobiliario también es el original, nada más que ahora está pintado de blanco.

A Vercellino, le sucedió al frente de la farmacia Enrique Rieter, que le puso su nombre. Luego, hacia 1920 fue propiedad de Juan Bard y Juan Allois, con Héctor Vasallo como regente, hasta que queda solo Allois, como preparador habilitado. Más tarde, en 1953, la propietaria es María del Carmen Bard de D'Huique, y en 1957 la adquiere Carlos María Guiffrey.

"El nombre Villa Elisa ya lo tenía cuando mi padre la compró y se lo mantuvo aunque luego se popularizó con nuestro apellido, así es que se la reconoce como Farmacia Guiffrey, y nosotros hemos coincidido en llamarla de ese modo a



La farmacia Villa Elisa cambió su nombre cuando la adquirió Enrique Rieter.

pesar de que legalmente su nombre sea "Villa Elisa", explica Selva.

Carlos María Guiffrey nació en Colonia Villa Elisa, el 4 de junio de 1932, y estudió en la ciudad de Rosario, en la Universidad Nacional del Litoral, donde obtuvo el título de farmacéutico en 1954 y el de bioquímico en 1957. Además de la labor en su farmacia, tuvo un laboratorio, trabajó en el hospital y dio clases de Química en el colegio secundario.

También, el farmacéutico Guiffrey tuvo una importante actividad pública y comunitaria. Fue concejal y candidato a intendente, participó en distintas instituciones, como el Club Social Progreso y el Club de Leones, fue avicultor y propietario de una empresa láctea y, además, en 2006 publicó un libro sobre la historia de su ciudad. Falleció en Buenos Aires, 2008.

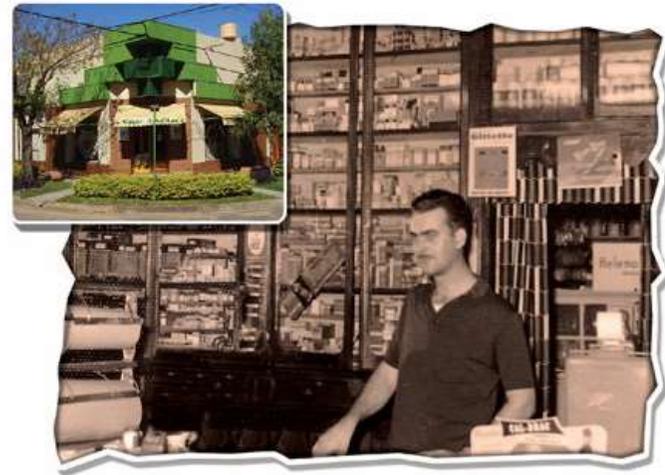
De turno: Farmacia Villa Elisa

Selva, por su parte, se recibió de farmacéutica a comienzos de 1992, en la Universidad Nacional de Rosario y, poco tiempo después se incorporó a la farmacia. Desde ese momento, acompañó a su padre, en especial en el aspecto gerencial, es decir, en todo lo vinculado con planeamiento, coordinación de gestión, y capacitación del personal.

Pero en la familia Guiffrey, no solo Carlos María y Selva se dedicaron a la farmacia. También el hermano de Carlos siguió sus pasos y se recibió de bioquímico y farmacéutico en la Universidad de Córdoba, y junto con su mujer, una bioquímica oriunda de esa ciudad, volvieron a Entre Ríos para ejercer juntos, en el laboratorio cedido por Carlos. Su hija también se volcó a la actividad y estudió en Córdoba y después regresó a Entre Ríos.

En 1965, con motivo de la conmemoración del 75° aniversario de la fundación de Villa Elisa, la familia Guiffrey decidió donar parte de los elementos antiguos que se guardaban en la farmacia al museo de la ciudad. Así es como hoy los visitantes pueden observar en las salas algunos muebles y frascos; instrumentos como un pildorero, una olla esterilizadora, un condensador y varios morteros, y medicamentos, entre los que se cuentan frascos de Codelasa líquido; Anacaso, cloruro de adrenalina, alquitrán Guyot, y sellos de mucus, píldoras de catramina y Jarabe Pagliaro en sellos, entre otros artículos típicos de las boticas de antaño.

"Farmacias centenarias" es una sección con artículos con información proporcionada exclusivamente por nuestros lectores, quienes pueden hacer sus aportes a fundandopueblos@yahoo.com.ar



El farmacéutico Carlos María Guiffrey estuvo al frente de la farmacia durante más de medio siglo.

Bibliografía:

- CIGNOLI, Francisco; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1963.
- CÓCARO, Nicolás y Emilio E.; Florida, la calle del país; Ed. Fundación Banco de Boston; Buenos Aires; mayo 1984.
- CORNAGLIA, Miguel Ángel; Bariloche, su pasado y su gente; Ed. Plus Ultra; Buenos Aires; noviembre 1992.
- CUTOLO, Vicente; Nuevo diccionario biográfico argentino; Ed. Elche; Buenos Aires; 1985.
- KIRBUS, Federico; Quebrada de Humahuaca; Ediciones del Eclipse; Buenos Aires; julio 2003.
- MÉNDEZ, Laura, IWANOW, Wladimiro; Bariloche: las caras del pasado; Ed. Manuscritos Libros; Neuquén; marzo 2001.
- MURRAY, Carlos; Apuntes para la historia de la farmacia; Revista Farmacéutica, Año IX, Tomo V; Buenos Aires, 1867.
- NIELSEN, A. y BOSCHI, L.; Quebrada de Humahuaca. Argentina. Un itinerario cultural con 10.000 años de historia. Ed. Gobierno de Jujuy; San Salvador de Jujuy; enero 2004.
- PARSON, Tabaré; Bariloche. Un puñado de recuerdos; Gráfica Lauría; San Carlos de Bariloche; julio 2004.
- PORCEL DE PERALTA, Manuel; Biografía del Nahuel Huapi; Ed. Marymar; Buenos Aires; junio 1969.
- RIESGO, Julio A.; Bariloche ¡Cuándo era ayer!; Ed. Melipal; Buenos Aires; septiembre 1991.
- SERIGÓS, Ernesto; El "médico nuevo" en la aldea; Buenos Aires; enero 1964.
- VALLMITJANA, Ricardo; Bariloche, mi pueblo; Ed. Fundación Antorchas; Buenos Aires; noviembre 1989.
- VALLMITJANA, Ricardo; De boticarios, médicos y farmacéuticos; Ed. del Autor.
- WILDE, José A.; Buenos Aires desde 70 años atrás; Ed. Tor; Buenos Aires; sin fecha de edición.
- ZENEQUELLI, Lilia; Historia de los Médicos y Boticarios en el Buenos Aires Antiguo – 1536 -1871; Ed. Dunken; Buenos Aires; agosto 2002.
- Franco Inglesa, medio siglo de noble labor – 1892 – 1942; Ed. Franco Inglesa; octubre 1942.
- Diarios y revistas consultados: Todo es Historia, La Nación, La Prensa, Caras y Caretas, El Mosquito, El Diario (Bariloche), El Cordillerano (Bariloche).

Agradecimientos:

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de: personal del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca del Congreso, de la Academia Nacional de Historia, del Museo de la Farmacia Rosa D'Alessio de Carnevale Bonino de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, del Archivo Histórico Provincial de Jujuy, del Archivo de la Legislatura de San Salvador de Jujuy, de la Biblioteca Popular de San Salvador de Jujuy, de la Biblioteca Sarmiento de San Carlos de Bariloche, del Archivo Histórico Regional (Bariloche), Farm. Jorge Boquete, Lilia Rivera de Miranda, Toño Zulota, Sra. de Guzmán, Rubén Sánchez, Mirta Luélmo, Ricardo Vallmitjana, Arq. Marcelo Frischknecht, Farm. Mariano Luis de Miguel, Beatriz Sorzana de Bachiller, Mario Celoria, Farm. Selva Guiffrey.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetas y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE
A LA PROFESIÓN
FARMACÉUTICA
ARGENTINA